

Las Misiones católicas

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA DE LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

Año I.

Barcelona 15 de Marzo de 1880.

N.º 5.

LA OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FE.

III.

RÁPIDA OJEADA SOBRE SU ESTADO ACTUAL EN EUROPA Y ASIA.

1. *Europa*.—Al fijarnos en el estado de las Misiones en Europa, el Oriente debe llamar ante todo nuestra atención. El Catolicismo ha levantado numerosos santuarios en esa vasta region del antiguo mundo y ha cimentado de un modo estable multitud de fundaciones religiosas destinadas á contrarestar la perniciosa influencia del error y del cisma y arrebatarle sus conquistas. Pero sobre todo en Constantinopla, en ese punto de reunion universal del Oriente y del Occidente, es donde la verdad debia despedir mayor brillo, y donde sus acentos debian cautivar la atencion general. Los católicos armenios, sostenidos al principio en el destierro por los auxilios que les prestaba la *Obra de la propagacion de la fe*, despues de verse libres de las vejaciones del patriarca cismático, fueron reunidos bajo la paternal autoridad de un arzobispo ortodoxo. A pesar de las seducciones del ejemplo, á pesar del atractivo del espíritu nacional, han permanecido unidos á Roma, y su número es de 15,000.

Por otra parte, el vicario apostólico del rito latino veia aumentar su clero y multiplicarse las instituciones que, causando la admiracion de los infieles, daban gran consuelo á los cristianos. Los misioneros Lazaristas y los Hermanos de las Escuelas cristianas abrieron sus colegios y escuelas, frecuentados en breve por centenares de discípulos, y numerosas Hermanas de la Caridad se consagraron al servicio de los enfermos y á la educacion de las niñas. La cristiandad latina de Constantinopla cuenta hoy de 13,000 á 14,000 fieles, sujetos á un arzo-

bispo que tiene el título de Vicario patriarcal y Delegado de la Santa Sede.

Los Principados Danubianos ofrecen ancho campo que cultivar á los religiosos Franciscanos y Pasionistas, que ven abundantemente compensados sus trabajos á pesar de las contrariedades que dificultan su accion.

En la Albania, cuyos habitantes se distinguen por la dureza de sus costumbres, necesitan mucho valor los misioneros Franciscanos para arrostrar á esos terribles montañeses, que frecuentemente y por desgracia no tienen de católicos más que el nombre. Las religiosas *Stigmatine* dirigen en Scutari una escuela frecuentada por 300 niñas.

Viene despues la Grecia, con un arzobispo residente en Atenas y oficialmente reconocido por el Gobierno del país. Su grey se compone de 8,000 católicos, y tiene cinco Sedes sufragáneas: Naxia, Syra, Santorin, Tyna y Candía, aproximándose á 14,000 el número total de católicos. Siete islas que fueron el postrer baluarte de la república de Venecia en las costas del Adriático, y hace algunos años pertenecen á Grecia, forman hoy dos diócesis: Corfú con 6,000 católicos; Zante y Cefalonia con 1,600.

A las Misiones que acabamos de enumerar se limitó durante algunos años la distribucion de los socorros de la *Obra* en Europa, hasta que en

1840 Gregorio XVI manifestó el deseo de que se hiciesen extensivos en adelante á todos los países sin excepcion dominados por la infidelidad y la herejía. Escocia fué la primera en ser socorrida, y consta actualmente de seis diócesis, dos de las cuales son metropolitanas, con un total de 262,000 católicos. Varias diócesis de Irlanda é Inglaterra se han visto obligadas por diversas circunstancias á reclamar el auxilio de la *Obra*, al menos de una manera transitoria.

En Dinamarca el movimiento de retorno á la fe cató-



ILMO. DANIEL COMBONI, vicario apostólico del África central. (Pág. 115).

lica es todavía muy corto, si se le compara con el número de poblaciones; pero los sentimientos que inspira la resurrección de un culto olvidado hace cuatro siglos, llevan el carácter de cierta benevolencia. La llegada de algunos religiosos expulsados de Alemania ha causado favorable impresión: Dios ha sacado bien del mismo mal, y mientras inútiles medidas sirven para fortalecer la fe en los lugares que las sufren, contribuyen á su propagación en regiones extranjeras.

Menos dichosa es la Suecia, donde las leyes prohibitivas han paralizado hasta aquí el celo de los misioneros; de modo que Stockolmo y Gottenburgo juntas apenas contienen 1,000 católicos.

La Noruega, aunque pertenece á la misma monarquía, goza de mayor libertad; así es que la religión católica comienza á extenderse por aquel suelo, que participa de las tristes condiciones de las regiones polares. Cristianía tiene una iglesia y dos escuelas católicas; hállese de trecho en trecho varias Misiones, y aunque es corto el número de fieles, aumenta de año en año.

¿Qué decir de otras comarcas de Europa socorridas por las limosnas de la *Obra*? No vemos por todos lados más que obispos desterrados, sacerdotes encarcelados y confundidos con viles criminales por el único delito de haber ejercido las funciones de su santo ministerio, aun en el secreto de una habitación particular, sin el consentimiento de los Gobiernos. En nombre de la tolerancia y de la libertad de cultos se ha quitado á toda asociación religiosa el derecho de enseñanza, se han suprimido los seminarios, se han quitado á los católicos sus iglesias para entregarlas á los cismáticos. En presencia de tales desastres los socorros de la *Obra* son sin duda muy insuficientes, pero necesarios; constituyen un signo de esta caridad que une á los fieles, cualquiera que sea su nacionalidad; y si no hacen desaparecer los sufrimientos, al menos contribuyen á suavizarlos.

II. *Asia*.—Uno de los principales esfuerzos de la predicación debía hacerse en las dilatadas regiones de esa vieja Asia, donde resiste con más obstinación el error, sostenido por la innumerable multitud de naciones que lo profesan y por el poderío de los imperios que tienen su asiento en esta parte del mundo. En ella las Misiones católicas se hallan en presencia de varias sectas y de tres falsas religiones: el budhismo, el brahmanismo y el islamismo.

La China, este vastísimo imperio que durante millares de años estuvo aislado del resto del mundo por mares apenas explorados, por desiertos inmensos, por cordilleras casi inaccesibles, por una muralla de centenares de leguas, y más que todo por su orgullo y sus preocupaciones, cuenta hoy día más de 772,000 católicos gobernados en lo espiritual por 23 obispos ó vicarios apostólicos con la ayuda de 470 sacerdotes españoles, franceses, italianos ó indígenas, pertenecientes á diversas Órdenes religiosas ó al Seminario de las Misiones extranjeras. Es poco para el imperio más poblado de la tierra: sin embargo, su mismo Gobierno comprende que el Cristianismo es una fuerza con la que se ve obligado á contar.

Al Norte de la China hay los dos países tártaros Mandchuria y Mongolia, cuya población total es de 4 millones de almas. El ministerio apostólico es duro en esas

regiones: inmensas estepas, un frío intensísimo en invierno y el espíritu nómada de los habitantes son obstáculos serios que dificultan considerablemente la acción del misionero. Esto no obstante, cuéntanse 21,350 cristianos.

Echemos una mirada siquiera sobre otro Imperio en que antes no se podía penetrar y en donde repentinamente se supo, con tanta admiración como sorpresa, que existían cristianos. Tres siglos de persecuciones y suplicios, la expulsión de los europeos y la extinción del sacerdocio no habían podido arrancar del corazón de los descendientes de aquellos que san Francisco Javier había convertido, el recuerdo de los dogmas y preceptos de la fe cristiana. Dos obispos y 35 misioneros, al abrigo de una tolerancia muy precaria aún, trabajan para reparar las ruinas de la Iglesia japonesa, que se compone hoy de 16,600 cristianos.

Entre el Japon, la Mandchuria y la China hay otro reino que se llama la Corea. Ningun extranjero puede abordar sus playas: algunos misioneros han logrado entrar en él furtivamente y formar algunas cristiandades; pero diversas veces se han levantado allí los cadavros mostrando que el sacrificio no cesa en la Iglesia de Jesucristo, y que el libro de las actas de los Mártires no estará jamás cerrado.

Bajando al Suroeste encontramos el imperio de Anam, y quizás ningun suelo ha sido como éste regado con sangre de cristianos, dignos de los de la primera edad del Cristianismo; pero la Iglesia anamita no sólo ha permanecido en pié, coronada con la aureola del martirio, sino que aquella sangre ha sido de nuevo semilla fecunda, por manera que actualmente se cuentan en dicho Imperio más de 600,000 católicos.

Las Indias obedecen al poder inglés; en ellas domina el budhismo, y el Corán tiene también sus adeptos; pero el número de los católicos aumenta en proporciones consoladoras. Cuéntanse unos 890,000 repartidos entre los diversos vicariatos, bajo la dirección de 18 obispos y más de 900 sacerdotes.

Llegamos á las regiones del Asia central. La Mesopotamia trae á la memoria recuerdos bíblicos: de allí partió Abraham para dirigirse á la tierra de Canaan, y Jacob vino, por orden de su padre Isaac, para casarse con una hija de Laban. En medio de un pueblo en su mayor parte musulman se encuentran adeptos de los primeros heresiarcas, nestorianos y jacobitas. La Iglesia católica recibe con amor á los que vienen á ella, y les permite guardar sus ritos; así es que se encuentran en Oriente caldeos, armenios y siríacos católicos, porque estos ritos se remontan á respetable antigüedad: cada uno de ellos tiene sus sacerdotes, sus obispos y su patriarca, cuya sumisión al Soberano Pontífice constituye el lazo de unión, subsistiendo la misma fe bajo la variedad de formas. La solicitud de los Papas ha establecido en medio de estas naciones diversas un delegado que, aunque sin jurisdicción, ejerce en ellas benéfico influjo; él es el depositario de las limosnas de la *Obra*, y las distribuye según las necesidades. El número de católicos de la Mesopotamia pasa de 40,000. Tres corporaciones religiosas, Capuchinos, Dominicos y Carmelitas, contribuyen á conservar el espíritu de fervor en los fieles de los diversos ritos.

NUEVA-CALEDONIA.

Relacion del Ilmo. Vite, de la Sociedad de Maria, vicario apostólico de Nueva-Caledonia.

Tres veces he intentado evangelizar esta isla desde el 4 de Mayo de 1873, dia de mi consagracion episcopal, y otras tantas mi cuerpo, ya envejecido y debilitado por anteriores pruebas, no ha podido soportar mucho tiempo el sol de los trópicos; hasta que al fin he venido á echarme á los piés del Sucesor de Pedro y á restaurar mis fuerzas bajo el cielo de mi patria.

Aprovechando mi reposo expondré la situacion presente de aquella isla, lo cual además me servirá de consuelo en mi ausencia; y pues me veo imposibilitado de trabajar en aquel campo que se me confi6, me regocijaré con lo que allí hacen mis celosos colaboradores.

Por desgracia, me veo en la triste necesidad de comenzar con palabras de dolor y de afliccion á causa de la revuelta caledoniana, que tanto ha ocupado á la prensa periódica y que toca muy de cerca á los intereses religiosos de mi vicariato.

I.

Apenas puse el pié en territorio de Francia, en Julio de 1878, el telégrafo nos trajo las más lamentables noticias de la Nueva-Caledonia, confirmadas por los correos siguientes, con detalles que aumentaban mi dolor.

El 19 de Junio el liberto Chene era asesinado por los indígenas juntamente con una mujer *kanaca*, con la cual vivia, y sus dos hijos. Pocos dias despues las vastas llanuras que se extienden desde Bulupari á Bourail, en un espacio de 80 kilómetros de largo y de 20 á 25 de ancho, eran cubiertas de incendios, de sangre y de ruinas. Hombres, mujeres y niños, todo lo que pertenecia á los blancos era tratado con inaudita ferocidad. Más de 150 personas cayeron á los golpes del hacha y de la macana. La represion fué pronta y enérgica. Las tribus culpables fueron atacadas por las tropas, incendiados sus pueblos, destruidos sus cocoteros y sus plantaciones, fusilados sus guerreros, y sus mujeres é hijos distribuidos en gran número entre las tribus fieles. Dos de estas, cuyos jefes se llamaban Kaké y Gelima, despues de arreglarlas el teniente de navio Servan, comandante del distrito de Canala, marcharon contra los rebeldes; siguiéronlas otras tribus; los revoltosos fueron completamente batidos, dispersos, muertos ó hechos prisioneros, y pudo esperarse que la insurreccion tocaba á su fin.

Pero ¡ah! ¡cuántas ruinas ha causado! ¡cuántos huérfanos ha hecho! ¡cuántos establecimientos, frutos del trabajo y de la economía, han sido incendiados! ¡cuántos pueblos destruidos! ¡cuántas plantaciones arrancadas! ¡cuántas miserias que aliviar! Mi corazon mana sangre al pensar en tanto estrago y ruina, y tan tristes circunstancias han aumentado el sentimiento que ya me producía la separacion. ¡Cuánto he deseado encontrarme en aquellos lugares para aliviar y consolar á mis hijos en sus desgracias!

El Gobierno francés, la Administracion colonial, la caridad privada y la Mision han auxiliado sin demora á los más necesitados, pero ¿*Quid hæc inter tantos?* pre-

La marcha que hemos seguido nos conduce á Palestina. ¡Salve, oh Hijos de san Francisco, que durante seiscientos años, por entre mil vicisitudes é innumerables vejaciones y martirios, nos habeis conservado los monumentos erigidos por la piedad de santa Elena en los lugares en donde se cumplieron los misterios de nuestra redencion! Últimos sucesores de los cruzados, esos humildes frailes conservan su puesto junto al sepulcro de Jesucristo; las llaves están siempre en su poder, y su paciencia no se cansará, á pesar de la media luna, del cisma y de la herejía, y, lo que es más doloroso, del abandono é indiferencia casi general del mundo católico. En vista de los incesantes esfuerzos de los emisarios protestantes y de las temibles usurpaciones de una potencia cismática, la previsora solicitud del Jefe supremo de la Iglesia restableció el Patriarcado latino de Jerusalem. Actualmente al lado de los Padres de Tierra Santa hay un clero secular que cuenta 38 sacerdotes, con 1 seminario, 1 hospital, 1 huerfanato, 24 escuelas y 13 estaciones de Mision; y poco há los Hermanos de las Escuelas cristianas fueron tambien llamados para dirigir la educacion de la niñez. El número de católicos en Palestina pasa de 10,000.

Lo restante de la Siria forma la delegacion del Libano, y comprende cinco pueblos distintos: los maronitas, en número de 280,000, con 2,450 sacerdotes, distribuidos en 8 diócesis: pueblo heróico, cuya fe y valor ha igualado á sus infortunios. Los griegos-unidos, en número de 71,000, con 10 obispos y 385 presbíteros: 6,000 siríacos, 500 caldeos y 3,000 armenios. Total, 360,000 católicos orientales, á lo que se debe añadir 2,800 latinos, con 3 colegios y 65 escuelas, en las que se reunen 7,800 alumnos de ambos sexos y de todos ritos. Los Carmelitas, los Capuchinos, los Lazaristas y los Jesuitas ejercen allí su apostólico ministerio. Los últimos han fundado en Beyruth una universidad que comienza á ser célebre. Las religiosas de Nazareth dirigen en la misma ciudad un colegio que atrae las jóvenes de las principales familias de Siria y Egipto; y en fin las Hermanas de la Caridad tienen muchas residencias en aquel país.

Acercándonos á Europa encontramos el arzobispado de Esmirna, al que está agregado el título de vicariato apostólico del Asia menor. El arzobispo tiene por auxiliares religiosos de diversas Órdenes que ejercen el ministerio parroquial; y hace poco tiempo se ha construido una catedral servida por algunos sacerdotes indígenas.

Poco tendrémós que decir de los católicos, casi todos armenios, que pueblan el Asia menor. Su número es aproximadamente de 70,000, distribuidos en 11 diócesis que dependen del patriarca de Cilicia residente en Constantinopla. Erzerum en el interior de la Armenia, Trebisonda y Samsun en las costas del mar Negro, forman una prefectura apostólica.

El obispado de Scio en el archipiélago turco; otras dos ó tres islas que cuentan un corto número de católicos dirigidos por religiosos Franciscanos; Chipre, en fin, donde se hallan 800 latinos y 1,400 maronitas, completan las Misiones de Asia socorridas por la *Obra de la propagacion de la fe*.

guntaré con el apóstol san Andrés: ¿Qué es esto para tantos infelices? La seguridad y la prosperidad de la colonia han quedado tal vez comprometidas por mucho tiempo; y respecto á la poblacion negra, habrá perdido muchos miles de sus individuos entre los veinte mil que antes se contaban.

En medio de la amargura que semejantes acontecimientos no podian menos de causarnos Dios permitia que nos fuese reservada otra prueba. Hombres malévolos han echado toda la responsabilidad de lo ocurrido sobre los cristianos y los misioneros, ó más bien sobre la religion de Jesucristo. Apenas llegó á Europa la noticia de la insurreccion, cuando sin pruebas, sin antecedentes, sin esperar detalles, ciertos periódicos formularon brutalmente su acusacion. En Numea el odio contra Jesucristo y sus ministros inspiraba tambien á varios periodistas y les impulsaba á repetir las mismas calumnias, haciéndolas penetrar por todos los medios en la opinion pública, y consiguiendo al fin causar mella en espíritus por otra parte serios, pacíficos y benévolos, y excitar en cierta parte de la poblacion los más odiosos sentimientos.

Sobre el particular decíase en un folleto impreso en Numea: «Los kanacs han emprendido una guerra de raza desde Numea á Bourail. Cortémosles el vuelo é impongámosles la destruccion que nos preparaban... El solo hecho de no habernos avisado el complot que se tramaba contra nosotros hace cómplices á las tribus que han permanecido tranquilas, y todas deben sufrir la misma suerte... ¿Qué han hecho de nuestras mujeres? ¿qué de nuestros hijos?... ¡Nada de indulgencia, nada de contemplaciones, nada de conmiseracion!...»

A los cristianos no se les eximia de esta maldicion general. Tambien ellos habian de estar enterados de la conspiracion de los rebeldes; debia, pues, tratárseles como cómplices. La cristiandad de Tyo y su amable y pacífico misionero el P. Morris eran especialmente señalados á la vindicta pública, porque de los cristianos á los misioneros no habia más que un paso. Y añadian: «¿No han protegido siempre los misioneros á la raza negra? ¿No han mostrado por ella un verdadero afecto que parece sobrepujar aún al que tienen á la raza blanca?»

Indudablemente debe achacarse á las circunstancias y al pánico del momento una gran parte de estos odiosos sentimientos de impiedad, de venganza y de exterminio. El miedo es mal consejero y hasta el único culpable de esas acusaciones y recriminaciones, más dignas de caníbales que de una nacion cristiana y civilizada. Confieso que esa conducta infirió en mi alma una dolorosa herida, y muchas veces he debido recordar que «el discípulo no es más que el Maestro,» y que sin embargo el Maestro fué tratado como sedicioso y se vió postergado á un asesino. En tales circunstancias «Jesús callaba,» y pensé que haria bien imitando su silencio.

Nuestros cristianos han permanecido casi todos fieles á la bandera de Francia, no obstante las excitaciones de sus aliados y parientes. Digo «casi todos,» porque solamente seis ú ocho, tal vez extraviados accidentalmente en el territorio de la insurreccion, fueron ejecutados por la justicia militar. ¡Libreme Dios de condenarla! En tales circunstancias se ve obligada á ser rápida y severa; pero permítase á un padre creer que sus hijos han sido

más imprudentes que culpables, y que nadie de ellos ha hecho traicion á la causa nacional.

Desde el comienzo de la insurreccion nuestros cristianos de San-Luis y de la Concepcion pusieron á las órdenes del gobernador, que si bien no juzgó prudente utilizar desde luego su adhesion y sus servicios, les manifestó su gratitud y la confianza que tenia en su fidelidad. Otras tribus cristianas siguieron este ejemplo, y sus servicios fueron al fin aceptados: nuestros kanacs combatieron al lado de las tropas, y supe por muchos conductos que la oficialidad estaba contentísima de ellos.

Por otra parte, una ojeada al mapa-mundi basta para apreciar la fidelidad de los cristianos. La Nueva-Caledonia es una lengua de tierra en medio del Océano, cortada en su longitud por una cadena de montañas que la divide en dos partes: oriental y occidental. La parte oriental fué la primera que visitaron los misioneros, y está habitada por la mayor parte de nuestros cristianos, así es que la insurreccion no pudo penetrar allí. Los cristianos de Wagap detuvieron á los rebeldes que huian hácia el Norte, rechazándolos á la costa del Oeste; y los cristianos de Tyo, más cercanos á Bulupari, vecinos inmediatos y tal vez parientes de la tribu feroz de los Aui, culpable de tantas fechorías, los cristianos de Tyo que por esta causa han sido objeto de sospecha y acusados de una manera especial, han concluido por vencer todas las prevenciones y persuadir á los más incrédulos de su adhesion y lealtad.

II.

¿Cuáles han sido las causas de esa formidable insurreccion? ¿Cómo es que transcurridos veinte años de ocupacion francesa la colonia se halla todavía en este punto? ¿Por qué no se previno esta rebelion? ¿Cómo pudo tomar tal incremento y durar tanto tiempo? Preguntas son estas que cada cual hace y resuelve á su antojo, echando la responsabilidad á quien le place y obedeciendo á sus opiniones y á sus simpatías más bien que á la justicia y á la verdad.

Tal vez obraria mejor guardando silencio sobre esta cuestion y abandonándola al supremo Juez de todas las responsabilidades; mas, encargado del vicariato de la Nueva-Caledonia, he creido deber mio velar por el honor de sus misioneros y defender al mismo tiempo contra la malevolencia y la exageracion á los administradores y colonos honrados de la isla.

Consultando ciertos periódicos de nuestros vecinos de Australia y sobre todo las correspondencias del *Sydney Morning Herald*, he visto que se atribuia la insurreccion neo-caledoniana á los siguientes motivos: confiscacion del territorio de los kanacs por el Gobierno francés; desprecio de sus costumbres y tradiciones; violacion de sus cementerios y de sus *tabus*; rapto de sus mujeres; imposicion excesiva de servicios personales; insolencia de salarios por jefes subalternos; negativa de escuchar sus quejas; absolutismo de los comandantes; brutalidad de algunos agentes inferiores, etc.; es decir que se imputa á un mismo tiempo al Gobierno, á la Administracion y á los colonos.

Ante todo debo mostrarme agradecido por la justicia con que tratan aquellos periódicos á los misioneros. Si se hacen eco de lo que oyen decir contra éstos, á lo menos están unánimes en confesar que obran el bien entre



NUEVA-CALEDONIA.—Mision de los Padres Maristas en Pueblo. (Pág. 104).

los kanacs, que han convertido á gran número de ellos y que los han hecho accesibles á los sentimientos y á las costumbres de la civilizacion cristiana. La brutal acusacion de complicidad con los asesinos de que han sido víctimas los misioneros católicos, subleva la indignacion de aquellos periódicos: así lo manifiestan, y de ello me congratulo.

Me parece, sin embargo, que hay mucha exageracion en sus afirmaciones, aunque buena parte de ellas son ciertas por desdicha; lo cual es tanto más fácil de confesar cuanto las cosas van á poca diferencia por el mismo camino en todos los países bárbaros invadidos por los europeos. Durante los veinticinco años que Francia domina en la Nueva-Caledonia han ocurrido allí hechos muy reprobables. Metidos en el interior, léjos de la vigilancia de la autoridad central, algunos empleados del Gobierno y tambien varios colonos se han entregado á lamentables abusos de poder ó á vejaciones tan brutales como impolíticas, y no han respetado las tierras, ni las mujeres, ni los derechos, ni las personas de los indígenas; y quién sabe si entre los diferentes jefes de servicio que se han sucedido en la colonia ha habido alguno que ha pactado con esos abusos y escandalizado al público con su moral relajada. Que tales hechos hayan contribuido á descontentar á varias tribus, y que hayan tambien influido grandemente en los motivos inmediatos que han empujado á la rebelion y al asesinato á las tribus de Foa y del norte de Bourail, parece no admite duda.

Hace quince ó veinte años los kanacs ensayaron una guerra de independencia; y en el Consejo que la decidió, el viejo Paita, uno de los miembros más influyentes de la tribu de Jak, habló poco más ó menos en estos términos: «No ignoro cuán peligroso es declarar la guerra á los blancos, porque son hombres poderosos y terribles, y están armados con *palos que llevan la muerte*; mas ¿qué hacer? Si no resistimos, estamos perdidos. Esos hombres son pobres en su país, pues vienen aquí á tomarnos nuestras tierras. No tienen mujeres, porque nos roban las nuestras. ¿Qué hará el caledoniano cuando no tenga ya mujeres ni tierras? Nuestra raza quedará aniquilada. Vale más resistir mientras es tiempo todavía; y si debemos morir, muramos combatiendo.» Los indígenas siguieron este consejo, y echáronse sobre el pequeño pueblo de la Concepcion, mirado como puesto avanzado de Numea. Pero el *baston que lleva la muerte* y el hacha de los cristianos indígenas, fieles entonces como ahora, concluyeron á poca costa con aquella insurreccion.

Se han cometido abusos é injusticias contra los indígenas, es cierto; pero han sido menos numerosos de lo que suponen los periódicos ingleses, y las autoridades de la isla los han reprimido con severidad.

En cuanto á la mala conducta del Gobierno francés con los kanacs, á sus decretos de confiscacion y de servidumbre personal, hay exageracion y hasta falsedad.

Es un principio admitido entre las naciones civilizadas que las diversas tribus de salvajes no forman sino un pueblo propiamente dicho; que no poseen ese poder social que llamamos Estado, ni todos los derechos que le corresponden. Naturalmente incapaces de triunfar por sí mismos de una barbarie que les hace peligrosos, pue-

den ser conquistados legítimamente por cualquier nacion civilizada y sometidos á sus leyes. Y una de esas leyes consiste en que toda la tierra no ocupada es del dominio del Estado; que éste tiene derecho de disponer de ella para el bien público, y que nadie puede apoderarse de ella sin su autorizacion.

No discuto aquí el valor de este principio. Digo solamente que mi patria, conformándose con él, no ha hecho sino imitar la conducta de todas las naciones civilizadas y que nadie podria acusarla de haber confiscado el territorio de los kanacs. Por el solo hecho de su presencia los indígenas no eran los propietarios de la isla. Para que una tierra cualquiera pase del estado de propiedad comun é indivisa al de propiedad privada es preciso un acto especial, que se llama ocupacion; acto que se manifiesta necesariamente por algun signo exterior. Ahora bien, es indudable que gran parte de las tierras caledonianas no poseian este signo, y por tanto pasaron á poder de Francia. Todo lo que ésta debia á los indígenas era el respeto á sus propiedades individuales ó comunales. No debo averiguar si en la práctica se ha traspasado alguna vez este límite, bastándome declarar que los kanacs no han sido, que yo sepa, maltratados en este particular, especialmente en la última demarcacion de límites hecha por disposicion del Sr. de Pritzbuér. ¿Se equivocó la Comision encargada de ella? Lo ignoro, pero ciertamente estaba animada de rectas y benévolas intenciones.

¿Les lastimó á los kanacs la toma de posesion francesa y la demarcacion de límites territoriales como consecuencia lógica y necesaria? Suponer lo contrario seria desconocer la naturaleza humana. En primer lugar esta demarcacion de límites les recordaba la conquista, y además el invasor es siempre para ellos extranjero. En segundo lugar, ponía trabas á la libertad que gozaban de hacer sus plantaciones donde bien les parecia. No obstante, injusto fuera hacer responsable de su descontento al Gobierno colonial, y nada hacia prever tan funestos resultados.

¿Pueden los kanacs someterse con gusto al servicio personal que se les impone? Preguntad á los habitantes de nuestras campiñas, áun hoy, si aceptan con agrado ciertas gabelas y compromisos de carácter personal á que se les sujeta. El hombre es enemigo de lo que le obliga al trabajo y restringe su libertad. Si esto pasa con el civilizado, con mucho mayor motivo debe decirse del salvaje, habituado á la pereza y á la independencia de una vida aventurera. ¿Es esta una razon para no imponerle obligacion alguna? Francia mejora bajo muchos conceptos la vida material del kanac: ¿le faltará derecho para obligarle á concurrir, del único modo posible, á los gastos generales del Gobierno colonial? El principio del servicio personal es justo y razonable, y las quejas de los kanacs no destruyen su equidad.

Por último, ¿se han extralimitado en sus exigencias los comandantes y demás agentes de la autoridad? Es muy posible; pero no he conocido por mí mismo abusos tan graves que puedan explicar los horrores de la insurreccion. Si ha ocurrido alguno, la autoridad superior lo ha reprimido en la medida de la prudencia. En efecto, es imposible castigar todas las faltas, y no es cosa fácil administrar una colonia como la de que se trata. El res-

peto debido á la autoridad exige que no se la acuse si su falta no es evidente.

Añadiré, en descargo de los administradores y colonos, que son generalmente buenos para nuestros kanacs, y que áun muchas veces viven con ellos en familiaridad lamentable, que ha debido contribuir á hacerles más audaces y animarles á la rebelion.

Pero, si es así, si el Gobierno colonial se ha mostrado benévolo con los kanacs, si los abusos y vejaciones, ya de los agentes de la autoridad, ya de los colonos, nunca han sido más que excepciones, ¿cómo se explica la rebelion de los kanacs?

III.

Entro aquí en la parte principal de esta cuestion, creyendo decir verdades que los cristianos comprenderán fácilmente, pero que los incrédulos no querrán oír. Las diré, sin embargo, pues acaso llegue un dia en que produzcan para Nueva-Caledonia frutos de salud y bendicion.

Los kanacs se han rebelado porque no son cristianos, y la causa de que no lo sean debe atribuirse, no á los misioneros, ni aún á los indígenas, sino al espíritu impío y anticristiano de algunos colonos y agentes de la autoridad.

¡No! si los kanacs hubiesen sido cristianos, no se hubieran insurreccionado.

Es un hecho incontrovertible que los kanacs cristianos han permanecido fieles á nuestra bandera, no por otra causa, contra lo que muchos piensan, sino porque los misioneros les han hecho conocer todo lo que á su patria debian, á saber: la religion, la paz, un bienestar material desconocido de ellos antes de la ocupacion; les han enseñado que estos bienes compensaban con abundancia los inconvenientes de la conquista, y que si llegasen á ser víctimas de alguna vejacion, debian acudir á las autoridades encargadas de protegerles, sin recurrir jamás á la rebelion ó á la venganza personal.

¡Cuántas veces los misioneros les han predicado esas verdades, y cuántas, á pesar de toda su influencia, han visto á algunos kanacs vengarse de las injurias que habian recibido de los blancos!

El habitante de Nueva-Caledonia es naturalmente fiero, perezoso y feroz. Fiero; nunca se somete á nadie de buen grado, y cuenta con su fuerza para defenderse del insulto, costándole poco para levantar el hacha sobre la cabeza de su adversario. Perezoso; niégase á todo trabajo que no le parezca absolutamente necesario, y no consiente sino con mucha dificultad en concertarse en alguna casa de los blancos, aunque no sea más que por breve tiempo. Feroz; ama la guerra, la sangre y la matanza, y come con placer las carnes del vencido. La Religion le enseña á dominar poco á poco esos vicios y hacerse humano, manso, bueno y civilizado. ¿Quién, fuera de la Religion, podria lograr este resultado? ¿Que un europeo pierda su fe ó reniegue de ella sin perjuicio de sus buenos modales, de su cortesía, de su generosidad, de su hombría de bien, de cierto tinte de religiosidad, no lo discutiré; pues al fin ha sido educado entre cristianos, en medio de una sociedad que á pesar de sus tendencias al paganismo conserva todavía cierto número de principios de vida introducidos en el mundo por el Cristianismo, y á pesar suyo guarda de ellos un sello

indeleble. Pero creer que sea posible civilizar un kanac, hacerle adoptar sentimientos humanos y honrados, trocarle en laborioso, dócil y caritativo sin hacerle pasar por la vida cristiana, es un craso error y una verdadera utopia.

He oido referir que dos de nuestros principales jefes paganos, invitados un dia á comer en casa del comandante de su distrito, portáronse en la mesa cumplidamente. Pantalones, camisa, viejo capote reformado de algun sargento mayor, nada faltaba á su traje. No obstante, si álguien les hubiese visto antes de entrar en el jardin del comandante, ó despues de salir, hubiera advertido que aquel disfraz no habia cubierto mucho tiempo su desnudez, pues únicamente lo habian tomado para la visita. Con la misma facilidad y en cualquier ocasion se desprenderian los kanacs paganos del barniz de civilizacion que pudiese dárselos fuera del cristianismo.

Por esto he dicho que la causa principal de la insurreccion es la falta de cristianismo entre los rebeldes. Halláronse solos en presencia de hombres á quienes miran como usurpadores de su tierra, de tributos que les parecen tiránicos, del desprecio de los unos y los malos tratamientos de los otros, y su carácter feroz se desbordó. Habian vivido con los blancos, y conocian su lado débil; habian examinado sus armas, y esperaban valerse de ellas; habian contado sus adversarios, y se creyeron bastante fuertes para vencerlos. Surgió un hombre, fiero, indomable, herido en sus intereses y en sus preocupaciones: tal era Atai, gran jefe de Foa y de Bulupari. Poco le costó excitar los instintos feroces de sus compatriotas; las circunstancias favorecieron su odio, y estalló la insurreccion. Repito que si los kanacs hubiesen sido cristianos, jamás la rebelion hubiera levantado la cabeza.

Y ¿quién tiene la culpa de que no sea cristiana toda la Nueva-Caledonia? ¿Los misioneros? Nadie podrá imaginarlo. Los misioneros Maristas desembarcaron por primera vez en la isla en Diciembre de 1843, diez años antes de la ocupacion francesa. Durante quince años lucharon contra ese pueblo de caníbales, avanzando ó retrocediendo, retirándose ó reapareciendo segun las circunstancias, acogidos por unos y rechazados por otros. Bendecidos y maldecidos alternativamente, han visto destruidos sus establecimientos, sus fieles acosados, sus casas é iglesias incendiadas; pero al fin triunfó su perseverancia, y de 1858 á 1860 inicióse un gran movimiento de conversion al Cristianismo. Casi todos los habitantes de la costa oriental eran bautizados, ó catecúmenos, ó habian tomado el ceñidor, es decir en lengua kanaca que estaban resueltos á seguir y escuchar á los misioneros. Este ejemplo fué seguido por la parte Sud de la costa occidental, y seguramente el resto no hubiera tardado en convertirse.

¿Quién, pues, ha hecho abortar tan bellos principios? ¿Quién es responsable de la paralización de este movimiento? El espíritu de impiedad y de irreligion de muchos colonos y agentes de la autoridad; los escándalos de la raza blanca, y por esta palabra entiendo, no todos los vicios de los blancos, sino el escándalo que tiene por objeto directo impedir la conversion de los negros, más aún, inducirles á la apostasía y al paganismo. Puede llamársele escándalo de fragilidad, de codicia ó de mal-

dad, segun las diversas fuentes de que procede. Unos, en efecto, se han opuesto á la conversion de los negros, ó más bien de las negras, para saciar más libremente sus vergonzosos apetitos. Otros han mirado á los negros como una raza inferior, de la que se puede usar y abusar á capricho. Otros, en fin, se han opuesto al catolicismo por pasion antireligiosa, dominados por el odio del sectario. Segun ellos, el Catolicismo es una doctrina perversa y dañina que deberia ser arrojada de las sociedades antiguas, y á la que con mayor motivo debe cerrarse la entrada en una sociedad nueva.

Durante diez años los administradores de la colonia lucharon contra tales elementos destructores de toda sociedad bien organizada. Sin duda les era imposible penetrar en la conciencia de sus agentes é impedir toda expresion peligrosa, todo acto culpable en este punto; sin embargo, nunca ha faltado buena inteligencia entre ellos y los misioneros.

No así, por desgracia, durante los ocho años siguientes, en cuyo periodo la religion católica sufrió una verdadera persecucion. Querian reemplazarla por el falansterianismo y posteriormente por la francmasonería. Astucia y fuerza, promesas y amenazas, terror y concupiscencia, nada se omitió para arruinar el catolicismo en provecho de la secta y para impedir que los indígenas escuchasen la voz del misionero.

Tan prolongada lucha dejó malamente herida la Mision. No murió, pero sufrió grandes pérdidas. Muchas estaciones eran abandonadas y destruidas; los jefes paganos llegaron á mostrarse antipáticos y desconfiados con los misioneros, cuidando ciertos hombres de mantener viva esta oposicion. Aquí colocaban un colono, allá un reten de gendarmes, acullá soldados con el encargo verbal de estorbar la accion del sacerdote. Abandonáronnos casi todos los catecúmenos, y cuando llegué á mi vicariato tuve el dolor de contar á miles las apostasías.

Verdad es que últimamente cambiaron las cosas. Los apóstatas volvieron en gran parte al buen camino, y confiaba hallarme cuanto antes en situacion favorable para reconquistar el terreno perdido, cuando la última insurreccion vino á destruir todas mis esperanzas. ¡ Pobres paganos de Bulupari, que me habeis pedido misioneros; pobres moradores de Nera, de Necku, de Gomene, etc.,

que sin pedírmelos todavía les mirábais plácidamente recorrer vuestro territorio! ¿qué os habeis hecho? Lo repetiré una vez más: si hubiesen sido cristianos, no hubiera estallado la rebelion, ó al menos hubiera sido fácilmente reprimida.

Si hay todavía en Nueva-Caledonia (y por desgracia los hay en gran número) enemigos del Cristianismo empeñados en borrarlo del entendimiento de los naturales con sus vicios, sus calumnias y sus embustes, hiéranse el pecho, porque tienen su parte de responsabilidad en los últimos acontecimientos. Hiéranse tambien el pecho los que han clamado por el exterminio de la raza negra, por la destruccion completa de los kanacs, y que se han negado á reconocerles por hombres y han proclamado estas doctrinas en las plazas públicas. Si no

son responsables de la revuelta, lo son en gran parte de su extension y de su duracion. Al comienzo de ella el número de kanacs rebeldes era de 500 á 600, y transcurrido algun tiempo subió á muchos miles.

¿Qué tiene de extraño? Les dijisteis muy alto que su suerte estaba decidida, que toda su raza estaba condenada á desaparecer. Les movisteis á unirse á los insurrectos y á vender cara su vida. Sé que no eran estas las ideas del Gobierno colonial, pero ¿por qué no las condenaba pública y enérgicamente? Entonces la rebelion hubiera sido menos larga y desastrosa.

Si este escrito diese por resultado iluminar los entendimientos y mostrar que no puede haber verdadera civilizacion sin cristianismo, sobre todo entre las razas salvajes, bendeciría á

Dios con todo mi corazon y sentiria gran regocijo por haber empleado en él algunas horas de mi convalecencia.

En la página 101 damos una vista de la Mision de los Padres Maristas en Pueblo (costa oriental de Nueva-Caledonia), copiada de una fotografia sacada en 1867 por un oficial francés.

Delante la habitacion de los misioneros están agrupados los alumnos de la escuela, y en medio de ellos el P. Villard, encargado de aquella estacion. Entonces Pueblo constituia una tribu poderosa, y la Mision prosperaba allí. Esto y la adhesion de los indígenas á los misioneros suscitó la envidia de muchos contra esta tribu, y durante muchos años tuvo que sufrir una violenta persecucion. El mismo P. Villard fué arrancado violentamente al efecto de sus neófitos por mandato del gobernador.

El grabado de esta página representa un kanac, indígena de la Nueva-Caledonia.



NUEVA-CALEDONIA.—Kanak (indígena).

CONGO.

El Rdo. P. Carrie, superior de la Mision del Congo en el África occidental, escribe desde Landana, el 3 de Diciembre último, al muy Rdo. P. Schwindenhammer, superior general de la Congregacion del Espíritu Santo :

A mi vuelta de un viaje por toda la parte navegable del bajo Congo, me apresuro á dirigirle algunos detalles sobre el viajero Sr. Stanley.

Salido de Landana el 2 de Noviembre á bordo de un paquebot inglés, llegué el siguiente dia á Banana, en donde no hallé ya á ninguno de los individuos de la expedicion. Desde su llegada en Agosto último, el Sr. Stanley habia hecho transportar inmediatamente á la parte superior del rio todo su material, con el acompañamiento que le esperaba en Banana. En este punto quedan sólo almacenes completamente vacíos y una casa para albergue de los expedicionarios que de cuando en cuando necesitan pasar algunos dias á la entrada del rio. Permanecí allí dos dias, y el 6 llegué á Mboma, en donde encontré dos vapores con algunos compañeros del señor Stanley.

El personal de este célebre explorador es bastante numeroso, y se compone de un superintendente, un ingeniero, un capitán de marina, varios mecánicos, carpinteros, etc.; total, 20 blancos de diversas naciones: belgas, americanos, ingleses, italianos y dinamarqueses. Un naturalista francés, Sr. Protche, llegado últimamente de París á Landana, y un antiguo miembro de la expedicion alemana á Chinchoxo, cerca de Landana, van igualmente á reunirse á la *Sociedad exploradora del alto Congo*, título que adopta esta expedicion.

Llegados en una estacion pésima, expuestos á rudas privaciones, y obligados á soportar trabajos y fatigas muy penosas para europeos, muchos han tenido que sufrir cruelmente á causa de la fiebre, y uno de ellos acaba de morir.

El personal negro se compone de unos cien hombres, árabes ó indígenas de Sierra-Leona y del Congo. El material es muy considerable, y consta de cinco vapores y algunas embarcaciones menores, máquinas y carrromatos para transportarlas por tierra, casas de madera que se montan y desmontan, etc., etc.

De Mboma á Msuku cuéntanse 25 millas. Hay allí una casa de comercio anglo-holandesa, y es el punto de partida para la capital del Congo yendo por tierra. Nóntanse todavía vestigios del campo del Sr. Stanley.

Dejé en Msuku el vapor *Zaira*, de la casa holandesa, y me embarqué en el *Real*, pequeño vapor de la expedicion que debia transportarnos á Noki, distante unas 12 á 15 millas y última estacion comercial del rio. La factoría pertenece á G.-H. Faro, distinguido portugués, quien me recibió con la mayor cordialidad. Tiene su casa principal en Mboma, en donde hace un comercio importantísimo. Debémosle especial gratitud por sus numerosos servicios y por un bello terreno que ha regalado á nuestro establecimiento de Mboma.

Gracias á su caballerosidad, pude continuar adelante. El vapor *Real* habia tenido una avería en el trayecto de Msuku á Noki, y debimos tomar una piragua para recorrer las 12 ó 15 millas que nos separaban de Vivi, primera parada de la expedicion. El rio, ya impetuoso has-

ta Noki, redobla desde allí su rapidez. Remontarlo en piragua constituye un verdadero peligro cuando la corriente es muy violenta, y aún seria imposible hacerlo en muchos lugares si los remeros, saltando en tierra, no tirasen de la piragua por medio de un cable á través de los árboles y rocas de la orilla. A veces tambien nos vimos obligados á poner el pié en tierra y cruzar un trecho mayor ó menor, asidos de las resbaladizas rocas y troncos de árboles casi suspendidos sobre la corriente, por la imposibilidad de alejarse del rio y trepar peñascos cortados á pico por las aguas.

Transcurridas dos horas de arriesgada y fatigosa navegacion llegamos al paraje donde pocos dias antes el Sr. Stanley habia perdido un gran bote de hierro que volcó á causa de los remolinos, yéndose á pique.

«Stanley, me escribia el Sr. Greshoff, intenta remontar el Congo hasta Lualaba, en donde espera encontrar á su amigo árabe, Tibu-tib. Entonces explorará la parte occidental del Congo, así como las comarcas de una y otra parte del rio, probando al mismo tiempo de atraer el comercio del marfil á Mboma.»

Inmediata á la estacion que ocupamos y cerca de un precipicio de 90 á 100 metros de profundidad, elévase sobre un suave declive una vasta y fértil meseta; cosa rarísima en estas montañas comunmente peladas. Este sitio seria muy á propósito para una Mision que podria instalarse allí bajo la proteccion y con ayuda de la expedicion, cuyo objeto civilizador quedaria así admirablemente completado. Sin embargo, como me hacia notar el Sr. Schandel, parece no es oportuna esta ocasion para tratar de ello, aunque la expedicion esté bastante dispuesta á favorecer las Misiones.

En la orilla derecha del rio á 125 ó 130 millas de la costa encuéntrase Vivi, punto extremo de la navegacion por el bajo Congo. A 4 ó 5 millas más arriba hay la primera catarata del Yulala, de unos 6 metros de altura. Así, pues, salvadas las dos primeras vertientes, la expedicion habrá remontado la mayor altura posible, y Vivi debe ser necesariamente la puerta para penetrar en el interior. Quiera Dios que esta puerta se abra tambien pronto á los misioneros católicos para la salvacion de esos pobres pueblos y que puedan adelantarse á los ministros protestantes, que se hallan ya esparcidos por la otra orilla del Congo.

Dimos, pues, fondo en el puerto de entrada, y comenzámos inmediatamente á escalar la escarpada pendiente que conduce al ribazo en cuya cima se encuentra el establecimiento definitivo de la primera estacion de la expedicion. Este sitio es gracioso y acertadamente escogido para el objeto propuesto. Súbese allí por un largo camino que contornea los flancos de la colina. Su altura sobre el rio es de unos 100 metros, y no alcanza la mitad de la de los montes del rededor.

Tiempo atrás habia dos casitas de madera elegantemente construidas, un cobertizo de hierro, una gran casa tambien de madera con un piso, y una pequeña cocina de hierro en construccion. Una violenta tempestad habia derribado otra casa.

A nuestra llegada el Sr. Stanley atravesaba las montañas en direccion del pueblo de Vivi, estudiando tal vez los comienzos de su ruta al interior. El Sr. Schandel, ingeniero en jefe de la expedicion, nos recibió de la ma-

nera más cortés, participándonos que aquel célebre viajero tenía la costumbre de emprender sus correrías sin avisar á nadie su partida ni su regreso. Pronto, no obstante, nos anunciaron su llegada, y vímosle rendido de fatiga y cubierto de polvo y de sudor.

Esperando que pase la estación de las lluvias, se ocupa ahora en establecer sólidamente su primera estación, base de sus futuras operaciones, y en madurar sus planes para triunfar de las enormes dificultades que le aguardan.

Efectivamente, abrirse paso en un espacio de 200 millas por montañas asperísimas, peñascosas, amontonadas, por decirlo así, unas sobre otras, y sin paso alguno; cruzarlas, no solamente con numerosa comitiva, sí que también con un considerable material de mueblaje, casas de madera, carromatos y embarcaciones que será preciso subir á alturas de 400 metros por cuestas extremadamente rápidas, no una, veinte, cincuenta, ciento, sino miles de veces, ¿no es empresa abrumadora y espantable? Sea como fuere, se necesitarán algunos años para llegar á la extremidad de esa terrible cordillera, á Stanley-Pool, en donde tiene que fundarse la segunda estación.

CANADÁ.

Breve noticia sobre la Mision de San Lorenzo, por el reverendo P. Fourmond, oblato de Maria Inmaculada.

La Mision de San Lorenzo se inauguró en el otoño de 1870. Muchas familias mestizas se habian establecido junto á la corriente meridional del Seaskatchewan á 25 millas de Carlton, principal factoría de la Compañía de Hudson. Deseando tener en medio de ellas un sacerdote, enviaron un mensajero á la isla de La Crosse. El P. Moulins convino en pasar en su compañía el invierno, y su presencia produjo entre ellos un gran bien. Con todo, aún no se habia resuelto dar á dicha Mision el carácter de permanente, y el mencionado Padre debió dirigirse al lago Caribou.

En la primavera siguiente (1871) el P. André, residente en San Alberto, fué designado por el Ilmo. Grandin para ocupar el puesto del P. Moulins y acompañar á la brigada de los invernantes en sus cacerías por la pradera.

El P. André volvió en seguida á San Alberto; dióle el Prelado por auxiliar el P. Bourgués, y ambos misioneros llegaron á su destino el 8 de Octubre del mismo año. Sus cristianos construyeron una capilla y una casa con troncos de árboles cubiertos de rastrojo, de modo que en verano la lluvia penetraba allí por todos lados, y en invierno el hielo á pesar de un grande calorífero.

Empero, si los fundadores de la Mision de San Lorenzo tuvieron que sufrir mucho, diéronles grandes consuelos la piedad y el fervor de los fieles. Estos asistian todos los dias al santo Sacrificio, y por la noche, rodeando á los misioneros, escuchaban dócilmente sus familiares instrucciones.

La Providencia concedió á nuestros mestizos un año de abundancia enviando á sus inmediaciones numerosos rebaños de búfalos, y aquellos buenos cristianos atesti-

guaron á Dios su gratitud de un modo tierno. Los misioneros les habian hablado de la penosa situacion del Padre Santo, de la obligacion de amarle, de rogar por él y aún de socorrerle. A pesar de su pobreza, aquellos indios hicieron entre sí una colecta de pieles de búfalo para venderlas en provecho del Padre comun de todos los fieles. Esta colecta produjo la suma de 565 pesetas y valió más tarde á nuestros cristianos un Breve de Pio IX.

Durante cuatro años los mestizos de San Lorenzo no pudieron resolverse á fundar una colonia estable construyendo cortijos, como se lo aconsejaban con vivas instancias los misioneros. La vida errante y los rebaños formaban todavía para ellos todo su atractivo. En un cortijo es preciso trabajar todo el dia y sufrir á menudo duras privaciones, mientras que la caza, sin hablar de las emociones y del placer que proporciona, ofrece medios de vivir sin mucho trabajo. Pasar dias enteros á caballo ó en la carreta, y despues de algunos disparos de fusil fumar su pipa, beber el té, comer y cruzarse de brazos y de piernas bajo la tienda ó la choza, hé aqui el ideal de la vida para nuestros mestizos y salvajes. Muchos de ellos, con tal que encuentren algunos búfalos que les impidan morir de hambre, aunque deban darles caza todo un mes, no se resolverán jamás á renunciar su vida nómada. En vano les repetimos que no podrán llamarse civilizados de veras mientras no abandonen esta vida errante y salvaje, tan llena de peligros para su alma y para su cuerpo. La pradera, fuente de displicencia para el hombre civilizado y sobre todo para el misionero, que allí encuentra las más rudas pruebas de la vida apostólica, es para el salvaje una tierra encantada que le atrae irresistiblemente. En términos que, despues de hacer algunos años vida de colono, despues de haber adquirido á mucha costa algunos aperos de labranza y algun ganado, despues de haber construido una casa, roturado campos y cultivado un huerto, si el mestizo llega á saber que se ha visto una manada de búfalos á ocho ó diez jornadas, unce el caballo, carga con su reducido ajuar, vende sus reses ó se las lleva consigo, y alegre y fumando su pipa, abandona su cortijo y se lanza á nuevas aventuras.

Dedúzcase de ahí cuán difícil ha de ser la tarea del misionero. Sólo despues de cuatro años de consejos, exhortaciones y esfuerzos no interrumpidos lograron los PP. André y Bourgués fijar cierto número de mestizos á una jornada más léjos del lugar anteriormente escogido y que ellos llamaban invernadero de la pequeña ciudad. El nuevo paraje tenia la ventaja de estar próximo á la pradera que no se resolvian á abandonar completamente, y además reunia todas las condiciones que requiere la fundacion de un establecimiento agrícola. La naciente colonia fué puesta bajo el patrocinio de San Lorenzo. Han transcurrido cuatro años, y actualmente hay erigidos una modesta capilla de estilo romano, una casita para los misioneros, una escuela, varios cobertizos y establos al rededor de encantadoras arboledas y de un pequeño lago en la orilla izquierda de la corriente meridional del Seaskatchewan, muy cerca del camino que conduce á la colonia inglesa del Príncipe-Alberto. Las orillas de este majestuoso rio se van cubriendo de cortijos y casas habitadas por un centenar de familias.

A una milla de distancia, y en los bordes del magni-

fico lago Sisibaksakahigan, fundamos actualmente otra Mision, no léjos de la factoría establecida tres años há por la Compañía inglesa Stowbart y Hughe, rival de la Compañía de la Bahía de Hudson. El edificio que forma la nueva estacion, puesta al amparo del sagrado Corazon de Jesús, tiene 40 piés de largo por 25 de ancho y 15 de elevacion. Consta de una capilla, una escuela y una casa para los misioneros. Al rededor se han levantado ya multitud de habitaciones.

Lo más notable de la nueva fundacion es que se ha llevado á cabo principalmente con el dinero de los protestantes. El jefe del establecimiento arriba mencionado, el Sr. Douglas Stowbart, ha pagado la mitad de los gastos; el Sr. Moore, de Príncipe-Alberto, ha costado la mitad del techo; otros varios protestantes han dado 400 pesetas para la adquisicion de una campana; un oficial de la Compañía de la Bahía de Hudson 300 pesetas para contribuir á la construccion de un establecimiento de Hermanas. Dios ha bendecido á los generosos donantes. Algunos se han convertido, entre ellos el constructor de la capilla, que es hoy uno de nuestros mejores católicos y colonos. Otros han visto prosperar su comercio.

El gobernador del North-West-Territory, residente en Battleford, ha visitado la colonia del Sagrado Corazon, y no ha podido menos de manifestar su sorpresa al verla ya tan adelantada.

A una jornada de la Mision de San Lorenzo, á la otra orilla de la corriente septentrional del Seaskatchewan, el P. Moulins se ocupa en fundar la Mision de Nuestra Señora del Sagrado Corazon. ¿No era justo que María Inmaculada ocupase un lugar al lado de su adorable Hijo en el corazon de estos hijos de los bosques y de las praderas? Seguid por todas partes al mestizo y al salvaje, y en su vivienda, en sus correrías, en la caza, de dia y de noche, les veréis con sus rosarios que llaman *yausi-bew-minak* (los granos de la buena oracion), y en su rezo encuentran fuerza, virtud y consuelo.

Todavía tendremos que fundar otras muchas estaciones y sobre todo escuelas y huerfanatos. Por un lado la inmigracion canadiense comienza á enviarnos los hombres más pobres en lo espiritual y en lo temporal; y por otro las diversas tribus salvajes que pueblan el país, dispuestas á establecerse en las tierras que se les ha señalado en virtud de lo pactado con el Gobierno, comprenden mejor la necesidad de la oracion y se convierten. En San Lorenzo tenemos 85 familias de salvajes para evangelizar, y sólo para su servicio convendria un misionero, dos escuelas y un huerfanato. Lo único que actualmente podemos hacer es visitarles de vez en cuando para mantenerlos en sus buenas disposiciones y alejar de ellos á los ministros protestantes.

Hace apenas un mes el P. André y otros dos misioneros estaban en medio de 230 familias reunidas en la gran pradera para recibir los subsidios del Gobierno. Muchos de los salvajes eran todavía infieles, pero no obstante casi todos asistieron á la Misa solemne celebrada por el P. André, y los neófitos lloraban de alegría al ver tan conmovedora fiesta. Dos ministros protestantes hicieron lo posible para atraer los salvajes á sus oficios, pero ni uno de ellos acudió.

¡Cuántas cosas nos resta que hacer! Si no fuésemos tan pobres, ¡cuántos infelices arrancaríamos al salvajis-

mo, á la miseria, á la muerte! ¡Cuántos salvajes conquistaríamos para el Evangelio y la civilizacion!

Réstame decir una palabra sobre esa excelente publicacion, tan interesante para todos los católicos, y más aún para el misionero á quien su santa vocacion ha conducido á inmensas soledades en medio de tribus salvajes. Sí, gracias á *Las Misiones católicas*, nuestro aislamiento nos parece menor y menos penoso; nos ponen en relacion con nuestros hermanos de allende los mares, y nos hacen asistir á sus pruebas, á sus combates, á sus victorias. Nos ofrecen además buenos consejos y nobles ejemplos que imitar, y poderosos estímulos para redoblar nuestro celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas.

CARTAS SOBRE EL JAPON.

III.

Dos grandes hechos se desprenden de los acontecimientos ocurridos últimamente en el Japon: en el interior la anulacion del poder de los taicounes y del feudalismo; en el exterior las relaciones con los extranjeros, su entrada en el imperio japonés, y la importacion de sus productos al par de sus ideas y su civilizacion. Las consecuencias de estos dos hechos son una doble revolucion política y moral cuyo carácter y tendencias vamos á indicar.

La guerra de 1868 y 1869 habia destruido el taicounado y dado un golpe decisivo al feudalismo: el decreto de 1871 consumó su ruina. Para reemplazar á esas dos instituciones era preciso establecer una nueva forma de gobierno. Los hombres de Estado japoneses que entonces ejercian el poder y que habian dirigido los acontecimientos determinaron ir y estudiar en el terreno las diversas instituciones políticas de Europa y América, y muchos miembros del Gobierno se constituyeron en embajada extraordinaria cerca de los Gobiernos extranjeros, dejando á sus compañeros el cuidado de administrar el país durante su ausencia. Los primeros se contrajeron á no hacer ni concluir cosa importante sin el beneplácito de los segundos: éstos por su parte propusieron no cambiar en lo más mínimo la administracion provisionalmente adoptada. El viaje de los embajadores duró año y medio, sin producir resultado apreciable para el desarrollo de las relaciones internacionales y sin modificar en modo alguno la situacion de los extranjeros en el Japon. A su regreso constituyóse definitivamente el Gobierno, y las diversas ramas de la administracion se organizaron, salvo ligeras variantes, á semejanza de los Gobiernos europeos.

Así constituido, el Gobierno japonés afectó la forma de monarquía absoluta: el mikado es el jefe del Estado, y su poder es hereditario en su familia. Gobierna con el concurso de cuatro grandes Consejos: 1.º el *Dai-djo-kouan*, ó Consejo supremo; 2.º el *Sa-in*, ó Cámara de los lores; 3.º el *Genro-in*, ó Consejo de Estado; 4.º el *Ou-in*, ó Consejo de ministros. No existe representacion nacional; y aunque, merced á los esfuerzos del partido progresista, esta institucion sea adoptada en principio, no se ha realizado todavía, al menos de un modo serio y definitivo.

La administracion comprende once secciones, y al

frente de cada una hay un ministro y un suplente. Estas secciones son: 1.^a el *Gai-mou-cho*, ó Ministerio de Negocios extranjeros; 2.^a el *Nai-mou-cho*, del Interior; 3.^a el *Ocoura-cho*, de Hacienda; 4.^a el *Ricou-goun-cho*, de la Guerra; 5.^a el *Kai-goun-cho*, de Marina; 6.^a el *Mom-bou-cho*, de Instrucción pública; 7.^a el *Kio-bou-cho*; de Cultos; 8.^a el *Chi-ho-cho*, de Justicia; 9.^a el *Cou-nai-cho*, de la Casa imperial; 10, el *Ko-bou-cho*, de Fomento; 11, el *Kai-tacou-chi*, de las Colonias.

1.^a El *Gai-mou-cho* está encargado de las relaciones exteriores con los Gobiernos extranjeros: trata con los representantes acreditados en la Corte del mikado, y dirige las legaciones y consulados establecidos en el extranjero. El Gobierno japonés tiene representantes en París, Lóndres, Berlin, San Petersburgo, Roma, Washington y Pekin.

2.^a El *Nai-mou-cho* tiene á su cargo la administración civil de las prefecturas del Imperio. Después de la supresión de los daimios el país fué dividido en 72 departamentos ó *ken*, á las órdenes de otros tantos prefectos. Cada *ken* se subdivide en muchos cantones, que forman un total de 717, con 6,862 ciudades, 70,443 pueblos ó aldeas, y una población de 33.301,000 habitantes. Los prefectos dependen del ministro del Interior, y son amovibles al grado de jefe de Estado. Las tres ciudades imperiales de Tokio (Yeddo), Kioto (Meaco) y Osaka con su territorio están bajo la jurisdicción inmediata del mikado y del dai-jo-kuan.

3.^a El *Ocoura-cho* percibe los impuestos. No tenemos otro dato que el de 1875, según el cual las rentas del Estado produjeron en dicho año la suma de 68.588,266 *yen* (dollars japoneses), ó sea 325 millones de pesetas. Del *Ocoura-cho* depende la casa de moneda de Osaka, fundada y dirigida hasta estos últimos tiempos por los ingleses. Además del dinero que allí se acuña, el Gobierno japonés ha hecho circular papel-moneda en enorme cantidad.

4.^a El *Ricou-goun-cho* ha adquirido grandísima importancia, gracias á los instintos belicosos del pueblo japonés. Hasta 1872 únicamente los *samurai* ejercían la profesión de las armas. El labrador, el artesano y el mercader estaban exentos del servicio militar. Tal estado de cosas constituía un peligro para el poder, porque los *samurai* estaban muy aferrados al feudalismo, y era de temer que no olvidasen fácilmente á sus antiguos señores y su pasada condición. Predominando en el ejército esta clase, turbulenta por naturaleza, se sustraía sin trabajo á la acción del Gobierno; y las contemplaciones á cuyo precio se compraba su fidelidad hacían imposible toda disciplina. Por esto, siguiendo la costumbre europea, se decretó el servicio obligatorio para todas las clases de la sociedad. A su advenimiento al poder, el Gobierno puso todo su empeño en la formación de un ejército destinado á mantener la paz en el interior y á proteger en caso necesario la independencia del país contra toda agresión exterior. El ejército se divide en activo, reserva y territorial.—El primero consta de reclutas voluntarios y de jóvenes que han cumplido veinte años, reconocidos con aptitud para el servicio militar y señalados por la suerte. El servicio en el ejército activo dura tres años: fórmanlo 40 batallones de infantería con un efectivo de 640 hombres en tiempo de

paz y 900 en tiempo de guerra; 3 escuadrones de caballería con un efectivo de 120 á 150 hombres por escuadron; 18 compañías de artillería y 10 de ingenieros con igual efectivo. En conjunto, más de 30,000 hombres en tiempo de paz y 46,000 en tiempo de guerra. Hay además la guardia imperial, que consta de 4 batallones de infantería, 1 escuadron de caballería, 2 compañías de artillería y otra de ingenieros, formando un total de cerca 4,000 hombres.—La reserva comprende dos clases: la primera se compone de todos los hombres que han terminado su servicio en el ejército activo; y después de dos años entran en la segunda reserva, que forma la segunda clase.—El ejército territorial consta de todos los hombres aptos de diez y siete años hasta los cuarenta.

El Imperio está dividido en seis distritos militares, y las tropas están repartidas entre las principales ciudades del Japon. Su armamento, disciplina y manutención son iguales á las de Europa. En Yeddo y Osaka hay dos grandes arsenales, construidos el primero bajo la dirección de militares franceses, y el segundo por un distinguido oficial japonés. Para los oficiales del ejército se han instituido muchas academias militares.

5.^a El *Kai-goun-cho* ha adquirido una importancia igual, si no mayor, á la del precedente. El Japon es por esencia un país marítimo, y ha creído que le era indispensable una marina de guerra para hacerse respetar, yendo á buscar en Inglaterra el modo de organizar sus fuerzas marítimas y los hombres necesarios para la formación de sus marinos. Actualmente cuenta con varios buques de coraza, uno de ellos con espolon, y siete transportes. El arsenal marítimo está situado en Yocoka.—La marina mercante ha tomado también gran incremento; pues además de sus innumerables juncas cuenta con más de 100 buques de vapor.

6.^a El *Mom-bou-cho* tiene la dirección de todos los establecimientos de enseñanza. Esta ha sido siempre tenida por muy honorífica en el Japon, y casi no hay pueblo sin escuela, siendo muy contados los japoneses que no hayan adquirido una instrucción proporcionada á su condición respectiva. Actualmente hay en el país más de 50,000 escuelas primarias. Las relaciones con el extranjero y la introducción de las ideas aportadas al Imperio han requerido, para todos los que aspiran á cualquier empleo, el conocimiento de las lenguas extranjeras, y consiguientemente la creación de colegios donde se enseña las letras y ciencias europeas. Cada Ministerio tiene su colegio de intérpretes. Además el Gobierno ha fundado una universidad en Yeddo y ha confiado su dirección á profesores venidos, en su mayor parte, de los Estados-Unidos. Ultimamente se ha ocupado también con empeño en la instrucción de las niñas, antes muy descuidada. En Yokohama y en Yeddo las Damas de San Mauro han abierto varias escuelas, y es de esperar que el Gobierno japonés sabrá apreciar un día los servicios de esas religiosas y su celo por la instrucción de la infancia. Otro establecimiento análogo ha creado en Kobe el Ilmo. Petitjean, vicario apostólico del Japon meridional, confiándolo á las religiosas del Santo Niño Jesús; y en Hakodaté (Yeso) se ha fundado otro bajo la dirección de las Hermanas de San Pablo. Los misioneros católicos han abierto también muchas escuelas en las principales ciudades del Japon.

COREA.

RELACION DEL CAUTIVERIO DEL ILMO. SR. RIDEL.

XI.

La llegada de un nuevo preso produce siempre una emocion aflictiva; y, al contrario, la libertad de un detenido causa alegría general, felicitando todos á porfía al afortunado que sale. Cuando llega uno, el soldado que le conduce grita desde la puerta del patio del tribunal: «Ha entrado un criminal.» Un día á mediados de Abril llegó á nuestros oídos esta voz desagradable. Momentos despues eran introducidos tres presos, y desde las primeras palabras comprendimos que no eran cristianos. Fueron encerrados en el calabozo de los ladrones y metidos en los cepos. Oímos el ruido de los palos que se les aplicaba, los gritos de dolor y los gemidos de las víctimas, que daban brincos hasta el punto de levantar los dos gruesos maderos en los que tenian metidas sus piernas. Despues de esta escena un carcelero me dijo: «¡ Ah! éstos no saldrán vivos de aquí; han apaleado á un satélite.» Dos días despues entró un bonzo de la misma manera; despues se le trasladó del calabozo de los ladrones al de los presos por deudas, y allí fué atacado del tífus. Los detenidos de aquel departamento hicieron entonces que se le trasladase al nuestro. Durante ocho días estuvo como muerto; hicimos lo que pudimos por nuestra parte para cuidarle, pero estábamos faltos de todo. Poco á poco fué volviendo á la vida. Era dulce y tratable, pero hablaba pocas palabras; parecia imposible que fuera criminal. Nos contó su historia. Desde la edad de doce años estuvo con los bonzos, con quienes aprendió los caracteres chinos, despues á hacer flores artificiales, y por último se dedicó á la pintura. Estaba en su *bonzeria* trabajando un cuadro, cuando los satélites le cogieron y le llevaron preso por la siguiente causa. Su maestro habia comprado á unos ladrones objetos robados, y los satélites fuéron á prenderle. No encontrándole, cogieron á este jóven. Quisieron tambien arrestar á otras personas del pueblo, pero hallaron resistencia. Sin embargo, hicieron tres prisioneros que son los que he mencionado antes. Más tarde se supo que eran inocentes, y despues de un mes de encierro se les libertó.

Por entonces tambien se presentó un preso voluntario llamado Pack, de edad veinte años.

—He sabido, dijo, que habeis arrestado al Obispo mi maestro, y que prendeis á los cristianos; pues bien, yo tambien lo soy desde mi niñez: mi padre y mi madre fueron muertos por vosotros en 1868: entonces no tenia más que diez años, pero he conservado todas sus instrucciones. Honro á Dios, criador del cielo y de la tierra. Él lo gobierna todo; Él nos conserva la vida y sufrió por nosotros; yo tambien quiero sufrir por Él; hacedme pasar hambre y sed, rompedme brazos y piernas; mi vida toda es de Dios.

Los satélites le tomaron por loco y quisieron echarle, pero insistió, solicitando siempre el favor de ser admitido á sufrir. Por último, el juez dió orden para que le encerrasen. Desde su niñez no habia visto ningun misionero, ni conocia á los cristianos; pero sabia que sus padres habian muerto por Dios y él queria hacer lo mismo. Los satélites vinieron muchas veces á hablarme de

7.^a El *Kio-bou-cho* es más bien un anejo del Ministerio de Instruccion pública, y está encargado de la administracion de Cultos. Se ha mostrado siempre hostil al Cristianismo, y para impedir su introduccion en el Imperio quiso recientemente oponerle una religion hechura suya. Como en la union estriba la fuerza, intentóse conciliar las doctrinas shintoistas con las del budhismo; dar un símbolo comun á los *cannuchi* (sacerdotes shintoistas) y á los bonzos, y oponer esta informe amalgama á la doctrina cristiana; pero tan ridiculas tentativas han tenido la suerte que merecian, haciendo completo fiasco. Estas dos sectas son, sin embargo, muy poderosas. El pueblo japonés en el fondo es religioso, y sobre todo el budhismo ha merecido desde tiempo remoto sus simpatías; de modo que el *Kio-bou-cho* ha fracasado en sus tentativas de fusión de las dos sectas merced á la resistencia que los budhistas han opuesto á sus esfuerzos. Cuéntanse en el Japon unos 76,000 sacerdotes shintoistas y cerca 217,000 bonzos, que sirven 128,123 *miya* (templos shintoistas) y 98,914 pagodas.

8.^a El *Chi-bo-cho*. Desde 1873 la administracion de justicia se ha separado de la civil. En los grandes centros los prefectos han cesado de sentarse en los tribunales y de dar sentencias: medida que constituye un verdadero progreso y que el Gobierno japonés ha tenido la feliz inspiracion de realizar. Pero como un Ministerio de justicia y sus tribunales suponen un código, una legislacion, ha sido preciso sustituir al arbitrario de los jueces y á los datos incompletos de la tradicion y de la costumbre leyes en armonía con esta revolucion política y moral que los acontecimientos y principalmente la ingerencia de los extranjeros han producido en el Japon.

9.^a El *Cou-nai-cho* está encargado de la administracion de los palacios imperiales y de la direccion del personal al servicio del mikado.

10. El *Ko-bou-cho* ha emprendido desde su creacion notables trabajos. Además de las construcciones que ha verificado y con que ha embellecido sobre todo la capital, ha unido por medio del telégrafo todas las ciudades importantes del Imperio, ha multiplicado los faros en las costas, ha introducido el gas en Yokohama y en Tokio, y ha construido tres ferrocarriles.

11. El *Kai-tacou-chi* tiene por objeto principal colonizar la magnífica isla de Yeso. Para conseguir su objeto el Gobierno japonés ha hecho inmensos sacrificios pecuniarios; pero sus esfuerzos dirigidos á aumentar su poblacion de un modo fijo y estable parece no han logrado el éxito deseado. Se han emprendido en la isla grandes trabajos, y se han abierto muchas granjas-escuelas; pero todo sin grande utilidad aparente.

Estos ligeros apuntes bastan para dar una idea de la transformacion política del Japon y del actual estado de cosas en este país. Para muchos viajeros ese progreso material, que da al imperio japonés una apariencia muy diferente de la que nos revela la historia de su pasado y que contrasta de un modo extraño con la inmovilidad de los países vecinos, pone al Japon en el número de los pueblos civilizados; pero detenerse en esas apariencias de civilizacion seria exponerse á concebir una idea cuando menos muy incompleta de la situacion. Importa sobre todo estudiar las transformaciones morales que resultan de los acontecimientos cuyo curso hemos seguido.

él y elogiaban su dulzura y su bondad. Estuvo dos días en nuestro calabozo, después habitó con los ladrones, nunca se le aplicó la tortura, pero como todos padeció mucha hambre. Los carceleros se divertían con él, riéndose de su sencillez, y le hacían repetir sus oraciones, los mandamientos de Dios, etc. Cuando salí, todavía continuaba en la prisión.

XII.

De cuando en cuando veíamos pasar á nuestra vista cadáveres de ladrones que habían muerto de hambre, de miseria ó de enfermedad. Cuando uno de esos cae enfermo no se le procuran remedios ni socorro alguno. La enfermedad no le concede el menor privilegio, ni le libra de los golpes. Se le deja espirar sin quitarle de los cepos. Cuatro ladrones al mando de un carcelero le cogen por piés y manos y le trasladan al departamento de los muertos. Por la noche los empleados inferiores meten el cadáver en un seron y van á arrojarle extramuros.

El gran juez parecía estar ya disgustado de tanto holgar; se hacinaban muchos ladrones, y no había procedimiento alguno. Así fué que, sin esperar á que concluyese el plazo de cien días, se nos anunció que iban á reanudarse las tareas al cabo de los cuarenta. Por consiguiente, el primer día de Mayo habían de volver á empezar los interrogatorios, tormentos, estrangulaciones, etc.

El primero de quien echaron mano fué un ladrón recién llegado, que había sido denunciado y preso por un satélite primo suyo. El 3 de Mayo los carceleros abrieron la puerta del depósito de cadáveres y echaron dentro una cuerda cuyo extremo quedaba á la parte de fuera. Juan me dijo que se iba á estrangular á alguno.

Era la hora de la comida de la tarde; los carceleros entraron en la prisión de los criminales y dijeron á aquel infeliz: «Vén acá, que vamos á estrangularte.» A esta palabra aterradora, los ladrones, aunque habituados á esta clase de ejecuciones y devorados por el hambre, dejaron caer su plato de arroz. El condenado es conducido al calabozo de las ejecuciones; le arrollan la cuerda al cuello y cierran la puerta. Después cuatro carceleros cogen la cuerda por el extremo opuesto, y comienzan á tirar con la misma tranquilidad que los marineros al izar las velas. Cuando han apretado bien, atan la cuerda á un poste, y la ejecución está terminada. Dos horas después un carcelero fué á mirar por la hendidura de la puerta y dijo riéndose: «Todavía mueve las piernas;» y apretó de nuevo la cuerda. Esta ejecución se hizo en silencio, y no se oyó el menor gemido de la víctima. De la misma manera fueron ejecutados centenares por no decir miles de cristianos durante la persecución de 1866 á 1868. Por la tarde abrieron la puerta, y en seguida los presos paganos se pusieron á escupir con fuerza para impedir que el alma del ajusticiado entrase en la prisión. Había entre nosotros dos hechiceras que llamaron la atención en esta circunstancia; pues por espacio de tres minutos arrojaron saliva al lado de la puerta con la mayor seriedad del mundo.

Digamos algunas palabras acerca de estas brujas (*mastang*). Su oficio se reduce á decir la buena ventura, y sobre todo á echar las enfermedades; y se las llama principalmente para sanar á los variolosos. Preséntanse al doliente vestidas de mil colores y con un tambor que

tocan recitando ciertas fórmulas, primero á compás lento, después acelerado. Armadas de un sable de madera plateada y salpicada de pintas rojas como de sangre, hienden el aire á derecha é izquierda, van, vienen, se cruzan en todas direcciones, gritan, ahullan brincando, y cuando el cansancio las rinde, el genio malo debe quedar expulsado.

Antojósele al prefecto de policía cazar á todas las brujas de la capital. Algunas se escondían y por la noche ejercían su oficio, que á la verdad es muy lucrativo. Los satélites se pusieron á perseguirlas y arrestaron sucesivamente algunas. Yo vi quince. Se las detenía siete ú ocho días y se les daba libertad. Todas estuvieron en nuestro calabozo. Al llegar, todo era lamentos, lágrimas y un disgusto que llegaba al extremo de hacerlas rehusar todo alimento; pero no tardaban mucho en reanimarse, y como tenían proporción de ser socorridas por sus familias, ordinariamente se regalaban con espléndidas comidas. Por lo demás, eran generosas y partían con los cristianos cuanto recibían.

(Se continuará).

NUEVA-NURSIA.

HISTORIA DE UNA COLONIA BENEDICTINA EN LA AUSTRALIA OCCIDENTAL.

CAPÍTULO II.

Mal éxito de las primeras Misiones. — Los PP. Serra y Salvado en los bosques. — Sus contrariedades.

Repuestos algún tanto los misioneros de las fatigas del viaje, el Ilmo. Brady reunióles en consejo para oír su parecer acerca el medio más oportuno de evangelizar á los australianos. Después de una detenida discusión convínose en crear tres centros de Misiones: 1.º la del Norte, confiada al P. Confalonieri, con dos catequistas irlandeses; 2.º la del Sur, encomendada á los PP. Thébeaux y Tiersé, con dos catequistas franceses; y 3.º la del centro, al cuidado de los PP. Serra y Salvado, con dos catequistas ingleses y el H. Leandro de Solesmes.

El Obispo de Perth pidió al gobernador de la colonia algunas tierras en donde pudiesen establecerse sus misioneros, y obtuvo veinte acres de tierra en plena propiedad para cada una de las Misiones. El domingo 25 de Enero, fiesta de la conversión de san Pablo, terminados los divinos Oficios, el Ilmo. Brady dirigió una alocución á los sacerdotes y catequistas, de naciones tan diversas, que iban á buscar en los bosques de la Australia á los pobres salvajes para llevarles la luz del Evangelio. Luego dió su bendición á los misioneros arrodillados, y abrazóles á todos paternalmente. Esta ceremonia conmovió tan vivamente á tres protestantes, mezclados por curiosidad entre los católicos, que se convirtieron y fueron así las primicias de este apostolado.

La Mision del Sur partió de Perth á principios de Febrero, dirigiéndose á pié á la ciudad de Albany, en donde no llegó hasta fines de Marzo. Los sacerdotes y los catequistas que la formaban apresuráronse á ir en busca de salvajes, y padecieron mucho en sus correrías á través de los bosques. Habiendo agotado sus provisiones, sustentáronse todavía algún tiempo con patatas y galletas que por caridad les daban los marinos de la costa; y después de algunos meses de muy precaria existencia

obtuvieron permiso de embarcarse para la isla Mauricio, en la que faltaban operarios evangélicos y ofrecía un ministerio menos difícil y más consolador. En su lugar dijimos algo del mal éxito de la Mision dirigida hácia el Norte de la Australia, á Puerto-Victoria. Una tercera Mision que el Ilmo. Brady envió á Guildfort, distante sólo nueve millas de Perth, no tuvo mejor resultado que las dos precedentes, y el presbítero Pavel, que la dirigia, desesperanzado de obtener fruto alguno, se dirigió á la India, en donde fué admitido entre los misioneros de Calcuta.

Parecia que la Providencia reservaba el apostolado de los australianos á los monjes españoles. El Ilmo. Brady, desalentado, no se atrevia á permitir que los PP. Serra y Salvado partiesen para su Mision, cuando uno de los colonos católicos de Swan-River, el capitán irlandés Juan Scully, notificó que no lejos de sus posesiones habia tierras fértiles y pobladas de bosques donde vivia gran número de salvajes. A esta noticia los dos Benedictinos suplicaron al Obispo de Perth les dejase partir con sus catequistas.

«El 16 de Febrero de 1846, refiere el P. Salvado, con nuestro ligero bagaje sobre los hombros, el crucifijo en el pecho y el baston en la mano, nos reunimos en la iglesia, en la que nos esperaba el Ilmo. Brady. Toda la colonia, informada de nuestra partida, llenaba la modesta catedral de Perth, pues así protestantes como católicos deseaban despedirse de nosotros, creyendo muchos que sería para siempre. El Obispo nos dirigió una exhortacion que conmovió á todos los asistentes. Por último, recibida su bendicion y el beso de paz, emprendimos la marcha, acompañándonos más de una milla nuestro primer pastor y gran parte de la poblacion. La luna iluminaba con su apacible luz nuestro camino, y en pos nuestro seguian dos carros con algunas provisiones y vestidos, aperos de labranza y un altar portátil.»

La primera etapa fué penosísima á causa de ser muy arenosa la comarca que atravesaban los misioneros. A las dos de la madrugada el P. Serra, jefe de la caravana, juzgó conveniente que todos se detuvieran, excepto los conductores de los carros, que prosiguieron el viaje para llegar más pronto á la granja de un irlandés llamado Moore. Los misioneros y sus dos acompañantes se acostaron en el suelo bajo un árbol gigantesco (*eucalyptus robusta*), que databa del diluvio á juzgar por el grandor del tronco y de las ramas, y pronto un profundo sueño vino á reparar sus fuerzas. No se despertaron hasta rayar el día, en que emprendieron de nuevo la marcha á través de los espesos bosques que cubren casi todo el país. Llegados á un paraje descubierto en donde empezaban tres senderos, quedaron perplejos, no sabiendo cuál escoger, cuando divisaron un salvaje á corta distancia, empuñando en una mano una lanza y en la otra un tizon encendido. Gritáronle: «Moore, Moore.» Comprendióles el australiano, y les indicó con el dedo uno de los senderos, y precediéndoles se puso en marcha con paso rápido. Despues de atravesar una selva de árboles desconocidos en Europa, *araucanias*, *banksias*, *xanthoreas*, *zanicas*, *eucalyptus*, etc., llegaron á la casa del Sr. Moore. Bajo el techo hospitalario de la misma los PP. Serra y Salvado pudieron celebrar á cubierto el santo Sacrificio: hasta su instalacion en la colonia mo-

nástica ya no les seria dado ofrecer la augusta Víctima sino bajo la celeste bóveda.

Al separarse del Sr. Moore la pequeña caravana tuvo que subir un escarpado monte, otra de las postreras ramificaciones de la cordillera de Darling. Despues de un trayecto de treinta millas atravesaron el rio Avon, á la sazón casi enteramente seco, llegando el 21 de Febrero á la morada del capitán Scully, el colono más apartado de Perth, de la cual dista cerca de 68 millas. Esta era la postrera parada antes de penetrar en las soledades selváticas del interior, y los misioneros detuviéronse aquí tres días para que descansaran sus bueyes. El capitán les dió importantísimos informes acerca la comarca que iban á atravesar.

Con auxilio de la brújula los misioneros dirigiéronse hácia el Norte, en donde habia, segun relacion de algunos salvajes, una tierra fértil á la que daban el nombre de Baggi-baggi. Al pronto encontraron un país montañoso, pero cubierto de rica vegetacion, y luego llanuras casi enteramente arenosas, en las que sólo crecian variedad de *eucalyptus*, la *muytsia florida* y muchas plantas venenosas. Al aproximarse á Baggi-baggi vieron terrenos al parecer mejores, y en Victoria-Plains les maravilló no poco la belleza de los árboles y la rica vegetacion. Pero una sed ardiente, acrecentada por el calor propio de la estacion, les impidió detenerse en admirar el paisaje. La fuente que esperaban encontrar en este punto estaba casi seca. Los bueyes sedientos corrieron hácia ella espontáneamente, y fué preciso apartarlos con el aguijon para beber un poco de agua salobre y llena de lodo que excitaba náuseas. Un salvaje que el capitán Scully añadiera á la pequeña caravana, aseguró que habia agua á corta distancia. Siguiéronle el P. Salvado y el H. Leandro; mas allí tambien «el sol se lo habia bebido todo,» como dicen los australianos. El indígena impaciente golpeó el suelo é hizo seña de que iba en busca de otro manantial. Por fin descubrieron una profunda cavidad en la que el agua pluvial, protegida por grandes árboles, se habia conservado fresca y pura. Despues de apagar su sed, llenaron dos grandes calabacines del precioso líquido, y se apresuraron á reunirse con sus compañeros, lanzando á intervalos el agudo grito ¡Cui! ¡cui! de que se sirven los salvajes para anunciar desde lejos un feliz descubrimiento. Al anochecer los misioneros estaban reunidos junto al pequeño estanque, y dióse al salvaje una buena parte de la cena comun, la que devoró en silencio y con maravillosa rapidez.

Al día siguiente los PP. Serra y Salvado experimentaron una contrariedad que hubiera triunfado de caracteres menos firmes y de corazones menos solícitos de la salvacion de las almas. Los conductores de los carros, poco dispuestos á compartir la vida de privaciones y peligros de los misioneros, declararon que no irian más lejos. A pesar de todas las promesas que pudo hacerseles y de cuantas súplicas se les dirigieron, depositaron flemáticamente el contenido de los carros bajo un *eucalyptus*, disponiéndose á regresar á Perth, sin inquietarse por la suerte que pudiera haber á los dos Benedictinos y á sus catequistas. No obstante, como era primer domingo de Cuaresma, asistieron á las Misas celebradas al aire libre por los PP. Serra y Salvado (véase el grabado de la pág. 113). Uno de los carros sirvió de altar. Despues to-

maron el camino de la capital de Swan-River, y el salvaje regresó á sus bosques. «Esta partida no pudo desalentarnos, dice el P. Salvado, pues habíamos puesto toda nuestra confianza en Aquel que acabábamos de ofrecer por vez primera en las selváticas soledades de la Australia como víctima de propiciación por aquellos pobres idólatras.»

Habiendo quedado solos con el H. Leandro y el catequista irlandés, los PP. Serra y Salvado resolvieron construir en el mismo lugar una rústica cabaña. Pusieron en seguida manos á la obra, y al caer de la tarde el frágil albergue estaba ya cubierto de ramaje. En el ardor del trabajo los misioneros no advirtieron que multitud de salvajes armados de lanzas les miraban de lejos, y que pronto se aproximaron al pequeño estanque cerca del cual se levantaba la cabaña. Eran australianos antropófagos, y examinaban á los recién llegados con atención que nada tenia por cierto de tranquilizadora. No se sobresaltaron por eso nuestros animosos héroes. Concluida su tarea, encendieron una grande hoguera, como acababan de hacerlo los salvajes, y empezaron á cantar Completas á dos coros con las pausas é inclinaciones acostumbradas en su monasterio: luego rezaron de rodillas el Rosario, y tras una ligera comida de galletas cocidas al rescoldo, de arroz con agua y de té, se durmieron apaciblemente bajo la protección de sus Ángeles custodios.

Al rayar el alba del siguiente día los PP. Serra y Salvado arreglaron un altar campestre y ofrecieron la augusta Víctima por los salvajes, quienes seguían con la vista sus menores movimientos y partieron despues de salir el sol. Por la tarde se presentaron en mayor número, colocándose á treinta pasos de la cabaña de los misioneros. «Hicimos nuestros ejercicios de piedad como de costumbre, refiere el P. Salvado; pero durante la noche interrumpió á menudo nuestro sueño el temor de esos incómodos vecinos, que podían de un momento á otro ceder á la tentación de matarnos para comernos.» Llegada la mañana los misioneros, despues de la Misa, tomaban su frugal desayuno, cuando vieron acercárseles multitud de salvajes, teniendo cada uno en las manos cinco ó seis jabalinas que ellos llaman *guichis*. Los monjes adelantáronse á su encuentro sonriendo y ofreciéndoles la comida que se habían preparado y algunos pedazos de azúcar. Los salvajes blandieron sus armas, mientras que las mujeres y los niños huían lanzando agudos gritos.

«No cesámos de avanzar, continúa el P. Salvado, haciéndoles señas para que bajasen sus lanzas, que iban á herirnos si Dios no les hubiese contenido, y ofreciéndoles galletas y azúcar, de lo que comíamos para invitarles á probarlo á su vez. Algunos australianos depusieron sus jabalinas y aceptaron el azúcar; mas despues de haberlo gustado lo rechazaron, pues les sorprendia su sabor tan dulce. Nosotros lo tomámos de nuevo para asegurarles, y entonces se decidieron á comer los pedazos que les ofrecíamos, y encontrándolos buenos, invitaron á los demás á que les imitasen. En pocos minutos devoraron toda nuestra galleta y el azúcar, disputándose entre sí las menores partecitas. Así fué como, por la gracia de Dios y la protección de su santísima Madre, pobres misioneros aislados y sin armas pudieron en

breves instantes domar á aquellos antropófagos y hacerse sus amigos.»

Los australianos fueron acercándose á la improvisada cabaña, examinaron con curiosidad los instrumentos de trabajo, y ayudaron á los misioneros á establecer su frágil morada sobre más sólidos fundamentos. Comieron y durmieron juntos, y la más cordial intimidad reinó en breve entre indígenas y misioneros. Poco tardó el hambre en obligar á aquellos á ir de caza, pues las provisiones de la Mision desaparecieron como por ensalmo ante el apetito de los salvajes. Internáronse, pues, en los bosques, y los misioneros compartieron desde entonces todos los trabajos y fatigas de aquellos á quienes querían evangelizar. Con frecuencia llevaban en hombros á los niños, y éstos luego les amaron tanto como á sus padres. Era motivo de júbilo el coger un *kanguru* (especie de zorra); pero á menudo sólo podían comer raíces, bayas silvestres, lagartos ó gusanos. Divagando por los bosques, nuestros misioneros se esforzaban por hablar de Dios y de la religion cristiana á sus nuevos amigos; pero desgraciadamente aún no conocían su idioma, y á cada palabra que les oían notábanla con su significación para formar poco á poco el vocabulario australiano empezado á su desembarque.

La ignorancia del idioma y la escasez de alimentos no eran las únicas dificultades que había que vencer en esa vida absolutamente nómada. La reflexión de los ardientes rayos del sol sobre la blanca arena causó en breve á los misioneros crueles oftalmias. La privación de agua, en un país casi únicamente regado por lluvias equinociales, les expuso varias veces á sucumbir de sed, y su salud quedó notablemente alterada. El P. Salvado, que era el menos enfermo, juzgando que un poco de caldo sería muy provechoso á sus compañeros, partió un día para cazar un kanguru. Anduvo largo trecho sin encontrar ni uno siquiera, y desalentado regresaba tristemente, cuando una enorme bandada de papagayos blancos, llamados *kakatoes*, detuvo su vuelo en el bosque que atravesaba. Lanzando entonces con fuerza un herado baston en medio de aquellos pájaros, derribó dos de los más grandes. Los papagayos, que ascendían á unos cinco ó seis mil, al momento se lanzaron furiosos sobre él, y sólo pudo evitar ser herido por sus picos y uñas describiendo con su baston un rápido molinete y corriendo de uno á otro árbol hasta que se puso fuera del alcance de sus emplumados enemigos. El caldo que hizo con la carne de los papagayos fué delicioso y alivió mucho á sus compañeros. Fuéle fácil proveerse de semejante caza, pues aquellas aves y otras mil iban á beber en el pequeño estanque vecino á la cabaña.

Acercábase la festividad de la Pascua. El H. Leandro, queriendo ofrecer en tal día un regalo á sus Padres, la mañana del Sábado Santo, 11 de Abril, partió en persecución de un kanguru. Aunque jóven, vigoroso y lleno de ardor, no pudo darle alcance, y el ágil animal, merced á sus saltos, desapareció pronto en el bosque. El H. Leandro se extravió. Al caer de la tarde los dos misioneros y el H. Gorman sufrieron mortales angustias viendo que no regresaba. Recorrieron los bosques vecinos dando grandes voces, y encendieron hogueras en todas las eminencias, pero sólo les respondia el eco ó el burlon silbido de algun *kakatoes* despertado por la

CRÓNICA.

Mindanao (Filipinas). — El Rdo. P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, escribe desde Dabuan, con fecha 28 de Agosto de 1879, á otro Padre de la Compañía, residente en Barcelona:

«Hace muy poco tiempo que los que aquí estamos evangelizando conseguimos lo que con palabras no se puede explicar. El P. Pastells dirige la gran Mision del Pacífico; y lo que allí se obra con los monteses infieles es más para admirar que para ser contado, y aún creído. Los salvajes han oído ya el silbato del pastor, y todos bajan de los altos á poblado, y nos dicen: ¿Qué quereis de nosotros? Se forman pueblos, se bautizan y se dan batidas al diablo, que le cuestan pérdidas de muchas almas sus cautivas. La Mision de la Contra-Costa del gran Oceano va prosperando desde cinco á seis años en que vino á nuestras manos. Hay otra Mision de tierra que hace cuatro años y medio que dirigimos los Padres de la Mínima Compañía de Jesús.

«Los PP. Pamies, Casellas, Ricart y el que suscribe estamos encargados de la Mision del rio Agusan, que es la manilla que ha de

cogerse para poder comunicar por el interior de la isla de Mindanao y ponerse en relacion con todos los nuestros.

El Agusan tiene en sus riberas dos Misiones - parroquias de cristianos y pueblos civiles de gran antigüedad; pero lo que más nos llama la atención es la infinidad de infieles que viven alejados de la vida social, embrutecidos y hechos la última expresion del salvajismo y la crueldad. Su ley es la del más fuerte; su fama la del más asesino; su moral la que les dicta la sensualidad. Hace seis meses que por disposición de los Superiores

las dos parroquias forman una sola residencia, cuyos Padres trabajan bajo una sola direccion. El Agusan está conmovido: yo he ido como un galgo buscando un jabalí, y la caza se ha movido.

«Faltan recursos de personal y limosnas. El pobre infiel que bautizamos va poco menos que desnudo. ¿Cómo vestirle? Envien, pues, un barco de sayas, pendientes, peinetas; y si hicieran por esas fábricas un milagro de generosidad, ¡qué bien nos vendria tanto trapo como tendrán arrinconado! Que nos lo den para cubrir á los desnudos.

«Tengo muchos cercos puestos al diablo, y no es una verdadera lástima que no se pueda lograr el fruto precioso que se recogeria si nos favoreciese la caridad de tantas almas generosas como hay en esa? El dia de san Juan Bautista bauticé 44 hombres, y luego de éstos casé á 24 con sus correspondientes mujeres, y el total fueron 102 los bautizados: dia hubo que bauticé á 162: ya tengo formado un Tudela de 500 cristianos. Si me envian ropa, aunque sea vieja, yo con ella conquistaré á los pobrecitos manobos.»

Dinamarca. — La Superiora provincial de las religiosas de San José escribe de Copenhague el 29 de Diciembre último:

«Aunque no contemos numerosas conversiones, la Mision progre-

claridad de la llama. El dia de Pascua lo pasaron muy tristemente nuestros misioneros, quienes, sin embargo, revistiéndose de valor cantaron la Misa solemne y Vísperas, dirigiendo ardientes súplicas á la santísima Virgen á fin de encontrar á su jóven compañero. Al dia siguiente, cuando lloraban ya su pérdida, llegó éste acompañado por algunos salvajes.

No podemos referir detalladamente todas las contradicciones y sufrimientos de los nuevos misioneros. Al cabo de dos meses comprendieron que las fatigas de la vida de los bosques agotaba sus fuerzas sin notable éxito para la Mision. El P. Salvado ofrecióse entonces á regresar á Perth para traer provisiones que les permitiese recobrar algún tanto y vivir más tiempo entre los salvajes, convertidos ya en sus amigos.

«Partí, dice, con un natural del país, llamado Bigliagoro, que consintió en servirme de guía. Como los demás indígenas, en materia de vestido no traia más que una cuerdecita de piel de kanguru para sostener los cabellos, y tuve que cubrirle con un ancho lienzo de lana. Durante el viaje, que fué largo, comimos lo que encontramos, lagartos ó gusanos casi siempre. Bigliagoro me daba lo mejor de su caza, pero mi estómago se resistia á recibirla. Al cabo de algunos dias, sin embargo, pude digerirla, y aún debo confesar que un lagarto asado ó una pierna de semivulpeja cocidos al rescoldo envueltos en hojas verdes, no son platos muy desagradables, especialmente cuando uno se encuentra en ayunas desde la mañana.

«Entrada la noche, despues de rezar el Oficio divino y mis oraciones me dormia apaciblemente sobre la yerba y siempre con la alegría en el corazon, pues experimentaba visiblemente la asistencia de la Providencia divina. Mi guía continuaba su cena, que no debia terminar, segun la costumbre de esos hombres voraces, hasta la desaparicion completa del guisado, del que quedaba dueño. A intervalos me despertaba y ofrecia un pedazo de carne ya mascado, diciéndome: *Guaba, guaba, nunda nalgo*: «Tomad, tomad, esto es muy bueno.» Yo tenia que decirle que le creia bajo su palabra, y aceptar y comer lo que él consideraba una verdadera golosina.»



NUEVA-NURSIA.—Primera misa celebrada por los misioneros Benedictinos. (Pág. 111).

sa. Tenemos cerca de 200 niños en nuestras escuelas de Copenhague, y nuestro hospital está siempre lleno. Los daneses muestran muchas simpatías en favor de esta obra, y de ello nos han dado últimamente evidentes pruebas.

«A propuesta de los médicos, abrimos un pequeño bazar, cuyos productos se destinaron á ensanchar el hospital. Todo el mundo aplaudió, viniendo en nuestra ayuda. Los objetos llegaban á montones; y como nuestro local es pequeño, un protestante puso á nuestra disposición, por el tiempo que durase la venta, un piso entero de su vasta casa, así como por pura bondad encargó á sus trabajadores que arreglaran todas las cosas. Otro protestante nos suministró el combustible, un tercero el alumbrado, un jardinero transportó todos sus arbustos para adornar las salas, y varias señoras se dedicaron á esta obra de una manera admirable, sin contenerse por los reproches amargos de su obispo protestante. El bazar produjo 3,000 coronas (4,200 pesetas).

«La Sra. Bering, que ya ha construido una iglesia y un colegio católicos, ha resuelto trabajar cuanto pueda en el ensanche de nuestro hospital. Nos ha remitido ya 12,000 coronas (16,800 pesetas), y tenemos reunido, por consiguiente, un capital de 15,000.

«Esto nos hace esperar que la divina Providencia continuará auxiliándonos, y que en la primavera podrán comenzarse los trabajos.»

Noruega. — Con objeto de asegurar mejor en lo sucesivo el desarrollo de aquella Mision el Ilmo. Sr. Bernard, prefecto apostólico, acudió últimamente á la Congregacion de Misioneros de Nuestra Señora Reconciliadora de la Saleta, pues la circunstancia de tener en aquella santa montaña una temperatura muy parecida á la de Noruega hace que sea un lugar á propósito para la formacion de los misioneros que se destinan á los países del Norte. La referida Congregacion acogió favorablemente la súplica del Prefecto apostólico de Noruega, y despues de un detenido exámen la sagrada Congregacion de Propaganda ha resuelto la cuestion en igual sentido, con un período de diez años de prueba.

Los misioneros de la Saleta son, pues, llamados á hacer sus pruebas en la Mision de Noruega, y su escuela apostólica se ha abierto ya para formar los futuros misioneros de aquella Prefectura apostólica. Para facilitar y apresurar esta obra de union el mismo Prefecto ha resuelto entrar en la Congregacion de Misioneros de la Saleta, en la confianza de que su ejemplo será seguido por sus actuales cooperadores.

Cochinchina oriental (Anam). — El Rdo. Garin, misionero apostólico de la Cochinchina oriental, escribia el 8 de Setiembre de 1879:

«Durante nueve meses que ejerzo el santo ministerio en la provincia de Quang-Ngai, no he cesado de tener á la vista el espectáculo del hambre. Mis males, mis tristezas nada son: tengo lo que mi corazon ha deseado siempre; pero ¿puedo dejar morir á mis hijos sin implorar al menos de mis generosos compatriotas ayuda para estos hermanos infortunados?

«De dos años á esa parte todas las cosechas han estado casi perdidas. Al hambre juntóse una inundacion, la más espantosa de que he oido hablar, y que arrastró los pocos granos de arroz que la sequía habia perdonado; destruyó las cosechas, causó numerosas víctimas, y sobre todo produjo estragos que en muchos años no podrán repararse.

«Tras esta terrible afliccion, todos comenzaron á mirar con espanto el porvenir, porque en el país no quedaba ya recurso alguno. La cosecha del arroz en el mes de Marzo fué casi nula en el Tu-Ngai; mas esperaba que, por pequeña que fuese, se podría ganar tiempo y esperar el mes de Mayo, en que se recolecta ordinariamente maíz, y en algunos sitios patatas. Una sequía continua echó á perder, sin embargo, el maíz; destruyó todas las simientes, y nos arrebató nuestra última esperanza. La calamidad se hizo universal, en términos que los ricos vendieron sus campos á vil precio para comprar á peso de oro un poco de arroz. Hoy ricos y pobres deben resignarse al hambre y á la muerte. El Gobierno anamita ha querido socorrer á los desgraciados; pero en pocos dias se han agotado los fondos. Solamente los misioneros podemos proteger la causa de estos infortunados.

«Decid á los fieles que cada día pasado en medio de estas poblaciones de Quang-Ngai es un día de martirio bien doloroso. A cada paso encuentro cadáveres tendidos en mi camino, algunas veces putrefactos. Paganos y cristianos tienen que sufrir la misma suerte, y no creo exagerar diciendo que la poblacion de Tu-Ngai desde el mes de Enero hasta Setiembre ha disminuido casi la mitad.

«El hambre, además, lleva consigo multitud de crímenes; cada día

recorren el país partidas que queman cuanto hallan á su paso; y aprovechando las perturbaciones que los incendios originan, penetran en las casas y roban lo que constituye la esperanza de un padre de familia; algunas medidas de arroz, raíces y patatas, cosas preciosas en estos tiempos desventurados.

«¡Para qué os he de decir la mayor tristeza que puede acongojar á un misionero! Frecuentemente ¡ay! he tenido que negarme á administrar á los paganos que pedian convertirse, no porque temiera defeciones probables, sino porque no podía encontrar con qué alimentarlos mientras los instruia.

«No terminaré sin hablaros de los asilos de huérfanos. En el momento de llegar á Tu-Ngai no tenia sino 50 huérfanos que alimentar: hoy tengo 300, y si me decidiera á buscar, tendria ciertamente 800. Pero el arroz falta para los que tengo recibidos, y cada día son 20 ó 30 los que abandonan á nuestras puertas. ¡Pobres gentes que no se atreven á traerme sus hijos á mí mismo, por temor de experimentar una negativa, y los depositan cerca de nuestra casa huyendo á todo correr!

«Tales son nuestras miserias, y con la muerte en el alma es como las refiero. De buen grado daria mi sangre por el amor de mis pobrecitos á fin de que la plaga cesara; de buen grado iria á mendigar de puerta en puerta para encontrarles algun socorro. Pero el deber me retiene cerca de ellos para ayudarles á sufrir y á morir bien. Espero, sin embargo, que los corazones cristianos verán en estos pobres hambrientos lo que Nuestro Señor ha dicho: «Lo que hagais por el menor de mis hermanos, lo haréis por Mí.»

Chan-si (China). — El Ilmo. Luis Moccagatta, de Menores Observantes, vicario apostólico del Chan-si, escribia desde Tai-iuen-fou el 15 de Setiembre de 1879:

«Más dichoso que el Ilmo. Chiais, vicario apostólico del Chen-si, en donde el hambre continúa haciendo estragos, puedo anunciar que en el Chan-si nos hemos visto en el presente año libres de este azote como por milagro, y parece que vamos á entrar en una era de fertilidad y abundancia. He dicho por milagro, porque hasta fin de Junio nadie se hubiera atrevido á esperarlo. Llenos de la más viva inquietud, teníamos el funesto presentimiento de un nuevo año de carestía; y el pueblo alarmado no entreveía más recurso que huir ó morir. En Abril habia ordenado rogativas públicas y actos de penitencia en mi vicariato para alcanzar del cielo la deseada lluvia. Gracias á la Bondad divina, el 28 de Junio comenzó á caer en abundancia, continuando con regularidad hasta hoy y asegurándonos una excelente cosecha.

«Las necesidades de este vicariato han, pues, disminuido, pero no han cesado completamente, y los gastos de la Mision son mayores que en los años pasados á causa del gran número de huérfanos cristianos que me ví precisado á recoger para no verles morir de hambre en los caminos, ó buscar refugio entre los protestantes ó en las pagodas. Son en número de 87, y necesito 20 personas para su custodia y su instruccion. Para mayor desgracia muchos misioneros, por su avanzada edad y por las fatigas y sufrimientos que han debido soportar, no podrán continuar su ministerio, y por consiguiente he tenido que aumentar el número de seminaristas para no quedarme sin sacerdotes.

«En este pueblo hemos comenzado á construir una capilla sobre una colina. Las conversiones van siempre en aumento y nos llenan de consuelo.»

Tong-king meridional (Anam). — El Ilmo. Croc, vicario apostólico del Tong-king meridional, escribe lo siguiente con fecha 10 de Setiembre de 1879:

«...El cólera, el tifus y sobre todo el hambre, han llevado la desolacion á todas partes. Más de 3,000 cristianos y unos 60,000 paganos han muerto víctimas de estas calamidades. A las sumas que hemos gastado hay que añadir 10,000 pesetas que hemos tomado prestadas. Si no nos llegan socorros extraordinarios, no sé dónde iremos á parar.

«Más de 4,000 paganos se instruyen en la religion. Hemos tenido que repartirles arroz todos los dias, no sólo á ellos, sino á otros miles que nos lo mendigan. Acaban de formarse tres nuevas poblaciones de cristianos, y hemos bautizado 8,266 niños. Creo que seria esta la Mision de la cual más frutos podrian reportarse si contásemos con recursos suficientes. Gracias á la caridad de que hemos dado pruebas, caen como por encanto las preocupaciones contra la Religion, y todos los dias aumenta el número de paganos que quieren abrazar el catolicismo. Y sin embargo ¡Dios mio! nos veremos obligados á detener tan consolador movimiento. No tenemos ya un solo céntimo, y acudimos á la caridad nunca desmentida de nuestros hermanos de

Europa para que nos alarguen una mano generosa. ¡Piedad de tantas almas que no pueden salvarse y que sólo por la limosna podemos conquistar!»

Otro misionero, el Rdo. Tessier, nos dice en otra carta:

«Si mis recursos me permitiesen comprar un poco de arroz, que está á un precio exorbitante, podría enviar algunas personas piadosas y llenas de desprendimiento á recorrer el Bo-Chinh. Ningun niño moriría sin ser bautizado. Mediante una ligera retribucion, los paganos nos permiten bautizar los niños gravemente enfermos. Lo repito, si tuviese dinero, esta parte del Tong-king vendría á ser el vestíbulo del cielo...»

Mossul (Mesopotamia). — El Rdo. P. Duval, prefecto apostólico de Mossul, escribe con fecha 24 de Enero:

«El hambre recrudce en todo el país con intensidad desoladora. Ya en Agosto último se había cuadruplicado el precio del trigo y de la cebada, empeorando las cosas cada vez más. Hoy la miseria ha llegado á su colmo. Cristianos, musulmanes, judíos, todo el mundo está en el mayor apuro.

«Sobre todo en Mossul asedia nuestro convento diariamente una multitud de hambrientos pidiendo pan. Trigo apenas se encuentra, ni áun á precios exorbitantes, juzgándose muy dichosos los que pueden recibir una racion de cebada. Nuestros misioneros socorren todos los dias á más de 200 personas. La situacion es peor en la montaña, pues los habitantes se ven obligados á comer hierbas silvestres y raíces, á las cuales mezclan algunos granos de mijo, haciéndolo hervir todo junto. La bellota ha llegado á ser una comida de lujo.

«En Mar-Yakub, nuestra residencia del Kurdistan, los misioneros se han visto precisados á distribuir víveres todos los dias como en Mossul.

«Pronto habremos agotado los recursos á causa de las limosnas con que socorremos á estas desdichadas poblaciones. Nos acongoja pensar en el dia de mañana y en nuestras obras, que tal vez van á decaer; pero ¿podemos dejar morir de hambre á infelices que nos alargan una mano suplicante y descarnada?»

«En medio de esta general penuria me dirijo á vuestros caritativos sentimientos, rogándoos comuniquéis á las almas generosas y compasivas los dolores de todo un pueblo.»

Sabemos que los representantes de las potencias europeas en Mossul no han podido ver impasibles tal estado de cosas; y en 22 de Enero sir Layard, embajador de Inglaterra en Constantinopla, telegrafió al marqués de Salisbury, ministro de Negocios extranjeros, que era necesario enviar socorros á Mossul, en donde el hambre obliga á las gentes á vender sus hijos.

Últimamente el Patriarca caldeo de Babilonia y el arzobispo sirio de Mossul han dirigido al Cardenal Prefecto de la Propaganda el telegrama siguiente:

«Cardenal Simeoni. — Roma. — Carestía terrible. Nuestros medios insuficientes. Mueren los pobres de hambre. — Suplicamos socorros por telégrafo. Patriarca, *Elía*. — Arzobispo *Benni*.»

La sagrada Congregacion, que ha suministrado ya abundantes y repetidos subsidios á los hambrientos de China, India y Albania, y recientemente de Persia y otras partes, ha puesto con igual solicitud y por medio del telégrafo á disposicion de la Delegacion Apostólica de Mesopotamia fondos oportunos con que subvenir á las urgentísimas necesidades de aquellas afligidas poblaciones caldeas y siríacas. Así se emplea el patrimonio de aquella grande institucion apostólica y verdaderamente humanitaria.

Hyderabad (Indostan). — El reino de Nizam, cuya capital es Hyderabad, está situado en el Decan, entre la presidencia de Bombay al Oeste, la de Madras al Sud, y la de Calcuta al Norte. Fórmanlo las antiguas provincias de Hyderabad, Bider, Berar y Aurengabad, y cuenta 10 millones de habitantes. El soberano, tributario de los ingleses desde 1800, lleva el nombre de *Nizam* (ordenador), título dado bajo el imperio de los mogoles al gobernador del Decan.

El grabado de la página 116 representa la fiesta celebrada cuando los enviados de la reina Victoria de Inglaterra enviaron al actual Nizam la condecoracion de la Estrella de la India.

Verapoly (Indostan). — En la página 117 damos el retrato del actual *Maha rajah* ó monarca de Travancor, en Malabar, segun fotograffa remitida por el Ilmo. Sr. Mellano, vicario apostólico de Verapoly. Este príncipe ha mostrado siempre grande afecto á las Misiones católicas; y si alguna vez los cristianos han sido oprimidos, débese únicamente á los ministros ú oficiales subalternos.

El reino de Travancor forma la parte Sudoeste de la península indiana. Está limitado al N. por el reino de Cochín, al E. por el Maduré, al O. y al S. por el mar de las Indias. Desde 1809 es tributario de Inglaterra. Trevandrum, la capital, está situada á 74° 52' longitud E. (meridiano de París) y 8° 30' latitud N.

«Por invitacion del *Maha rajah*, escribia el Ilmo. Sr. Mellano, fui á la capital de su reino para asistir al gran *darbar*, con motivo de la proclamacion de la Reina de Inglaterra como emperatriz de las Indias. Entonces pude apreciar de nuevo la gran benevolencia del *Maha rajah* con los católicos. A ejemplo de sus antepasados, se ha mostrado siempre favorable á los vicarios apostólicos y á los misioneros Carmelitas de Verapoly.

«De regreso á mi residencia, escribí á Su Eminencia el Cardenal Prefecto de la Propaganda, informándole de mi viaje á Trevandrum, y le rogué pidiese á Pio IX una obra de arte para presentarla en nombre suyo al *Maha rajah* de Travancor. El cardenal Franchi transmitió mi peticion á Pio IX, que mostró gran complacencia al encontrar en un rey pagano tales disposiciones, y escogió para mi objeto un magnífico mosaico representando cuatro palomas al rededor de una copa llena de agua: una de ellas apaga su sed, y su graciosa cabeza se refleja en el agua. Este mosaico fué enviado al procurador de nuestras Misiones en Roma. Por desgracia la larga enfermedad de este religioso, atacado de apoplejía, retardó notablemente el envío de aquella prenda. Cuando llegó estaba yo enfermo, y para evitar un nuevo retraso, y tambien con objeto de que el rey conociese personalmente á mi coadjutor el Ilmo. Marcelino Berardi, encarguéle que fué á Trevandrum con el mosaico y una carta mia.

«No sabia cómo expresar la satisfaccion del *Maha rajah* al recibir aquel presente, ni él tenia palabras para manifestar su gozo. Hizo colocar el mosaico en la sala principal de su palacio, y lo considera una maravilla, sobre todo por ser un don de Pio IX, hácia el cual sintió siempre grande admiracion.

«Hé aquí una copia de la carta del Rey de Travancor, la cual da una idea de sus sentimientos favorables á la religion católica:

«Palacio de Trevandrum, 28 de Febrero de 1878.

«Querido Arzobispo: El encargo de V. I. ha sido exactamente cumplido por Mons. Marcelino, de cuyas manos tuve el placer de recibir ayer el mosaico que Su Santidad el Pontífice difunto tuvo la bondad de enviarme.

«Este mosaico, además de su valor como obra de arte admirablemente ejecutada segun antiguo original, me place sobre todo porque viene del Jefe de una grande Iglesia que en los siglos pasados contó entre sus miembros una gran parte de la poblacion de este Estado. Los católicos romanos de Travancor pertenecen al número de los más industriosos y leales de mis súbditos, y miraré siempre como un deber de mi soberanía el darles, á ellos y á su clero, la tolerancia y la proteccion que tienen derecho á esperar.

«Me es muy doloroso pensar que al enviármese el presente de Pio IX el donador habia partido ya para el lugar del reposo; pero, mientras os ofrezco la expresion de mi sentimiento por la pérdida que la Iglesia acaba de sufrir, experimento gran satisfaccion al saber que la sucesion de Pio IX ha pasado á un prelado como el cardenal Pecci, conocido por su ciencia y su piedad.

«Al manifestaros lo mucho que deseo la felicidad de V. I., creedme vuestro fiel,

«RAMA VURMAH.»

Africa central. — Mientras recogemos datos muy importantes que den á conocer á nuestros lectores aquellas vastísimas comarcas, objeto de recientes y atrevidas exploraciones por parte de los hombres científicos, adelantaremos algunas noticias sobre el Ilmo. Daniel Comboni, uno de los más infatigables y ardientes misioneros del África central. Hace veintitres años que se halla en la Nigrícia, bajo un clima mortal, en medio de aquellas tribus bárbaras, entre las que difunde la luz del Evangelio. Catorce veces ha estado á punto de morir por terribles enfermedades. No pocas vió caer, uno tras otro, á los sacerdotes que compartian los trabajos de la Mision; pero jamás se desalentó. Habiendo logrado audiencia de Pio IX, dijole:

— Padre Santo: debo imitar á Garibaldi. «Roma ó muerte,» exclamó él. Pues yo digo: «Nigrícia ó muerte.»

Hoy tiene allí una Mision. Su método con los salvajes es sencillísimo: primero se ve al hombre de bien, y más tarde al sacerdote. Los habitantes de aquellas miserables aldeas llevan una vida brutal é infeliz: dominan en ellos la fuerza y la venganza, pereciendo una mitad de muerte violenta. Van enteramente desnudos, viven sin leyes escritas,

y no conocen arte alguna. Empieza el Ilmo. Comboni haciéndoles ver los beneficios de la civilización. Funda hospitales y farmacias, enseña los oficios del carpintero y del herrero, reparte algunas máquinas para moler el grano, y realiza otras operaciones indispensables hasta que aprendan las dulzuras de la vida mejor. Después les insinúa la idea de un buen Dios, que no quiere siervos, sino la felicidad de todos, blancos ó negros.

En las tribus de la Nigracia el personaje de más influencia es siempre un impostor que resume la triple autoridad de mago, de sacerdote y de médico. Cuando enferma un negro, le llaman. Examínalo el mago, y si declara que debe morir, abandónale á su destino sin cuidado alguno, porque lo consagran á la divinidad. El Ilmo. Comboni cuidaba de los que decia el mago condenados á muerte, teniendo, por punto general, la fortuna de salvarles la vida, aumentando así su prestigio entre aquellas poblaciones.

Es tan grande su diócesis, que no la puede recorrer en menos de seis meses.

Ha fundado una colonia de negros libres civilizados, señalando á cada uno un trozo de tierra. Hablando de las continuas expediciones que se hacen al África, exclamó recientemente: «La civilización ataca por todas partes, y la barbarie debe capitular.»

UNA COLONIA CRISTIANA

EN LAS ISLAS DE LOS PIRATAS (CHINA).

I.

Al Noroeste del golfo de Tong-king existe un grupo de islas que durante largos años ha servido de guarida á todo un pueblo de piratas. De ahí el nombre con que son conocidas.

Situados fuera de la jurisdicción del Gobierno chino,



INDOSTAN.—Fiesta del Nizam en Hyderabad. (Pág. 115).

estos atrevidos corsarios han ejercido hasta estos últimos años sus fechorías en toda la extensión de las costas del reino anamita. El soberano de este país, demasiado apartado en el interior de sus dominios para estar expuesto personalmente á las excursiones de aquella gente perversa, nunca ha pensado en reprimir su audacia, ni en asegurar la tranquilidad de las poblaciones del litoral. Sus pocos juncos de guerra (1), por otra parte mal armados, no hubieran podido medirse con los de los piratas sin exponerse á un desastre. Así, cuando la marina Real tenia que custodiar las embarcaciones cargadas de

(1) Juncos se llaman en China ciertas embarcaciones ligeras.

arroz, procedente del impuesto que en esta especie habían pagado las provincias comprendidas en la zona que se extiende desde el Tong-king hasta Hué, se creía más prudente entrar en arreglo con los jefes piratas y hacerse escoltar por ellos mediante la retribución convenida hasta el puerto más inmediato á la capital.

En tal estado de cosas los juncos mercantes ó las barcas de pescadores caían uno tras otro en poder de los piratas. Cuando el botín no era bastante para saciar sus apetitos, los pasajeros y los marinos quedaban en su poder. Todo lo cual explica la decadencia sucesiva del comercio anamita hasta desaparecer por completo y ser

reemplazado por el de los chinos. Estos á quienes la tolerancia de su Gobierno no prohibia defenderse, y en consecuencia armar militarmente sus juncos mercantes, los reunian en número capaz de imponerse á los piratas, y estas embarcaciones, en grupos de centenares, hacian la carrera de Macao al Tong-king.

Cuando el comercio anamita no pudo ya suministrar cebo á su rapacidad, los piratas se dedicaron á hacer desembarcos en las poblaciones del litoral, para vender en seguida con infame tráfico en la provincia de Canton las mujeres y niñas que habian podido capturar.

La opinion pública se sublevó entonces ante la trama urdida contra los anamitas, y el Gobierno chino, á quien se atribuyó este escandaloso abuso, no tardó en tomar medidas para oponerse á la venta de aquellas pobres esclavas. Al mismo tiempo, en virtud del tratado firmado en 1874 con el reino de Anam, los franceses se establecieron en Hai-phong, no léjos de aquellas islas tristemente célebres. Desde entonces la marina de guerra francesa ha perseguido sin cesar á aquellas gentes de mal vivir, cuya influencia va disminuyendo considerablemente, pudiendo asegurarse que muy pronto habrán desaparecido por completo.

Las últimas noticias de aquel país son de que está á punto de establecerse una colonia cristiana en las dos islas principales del archipiélago. Hé aquí la ocasion y circunstancias que han preparado este feliz acontecimiento.

En una época ya lejana la provincia de Canton hallábase infestada por hordas de bandidos procedentes del Fo-kien, sin que los mandarines pudiesen impedirlo. Las poblaciones devastadas llamaron en su auxilio á la tribu belicosa de los Akkas, que vivia en las montañas de la parte del Kuang-si. Acudieron los Akkas y consiguieron expulsar del país á los malhechores. El precio convenido de sus servicios consistia en la autorizacion de fijarse en un número determinado de subprefecturas y en la cesion de un territorio con que atender á sus necesidades. Llegado el momento de cumplir estos compromisos, los personajes influyentes de varias subprefecturas interesadas obtuvieron de las autoridades chinas por medio de presentes la exencion de recibir á los nuevos huéspedes. Con esto los Akkas fueron confinados á dos subprefecturas situadas en la orilla del mar frente á la isla de Sancian, y los territorios que se les concedie-

ron eran áridos é insuficientes. A pesar de todo, esta raza vigorosa, notable por su fecundidad, no tardó en prosperar y experimentar con su multiplicacion la necesidad de extenderse. Por su parte los *Puntis* (originarios del país) que mal de su grado les habian visto establecer en sus propias comarcas, temiendo verse desposeidos, resolvieron expulsarlos. Los Akkas, más robustos y guerreros que sus adversarios, llevaron constantemente la ventaja; pero los *Puntis* tenian en su favor la riqueza, y los presentes que hábilmente supieron hacer aceptar á los mandarines, inclinaron la justicia de su parte.

II.

Hace cosa de doce años el Gobierno chino, olvidando antiguos servicios y el compromiso contraido con los Akkas, intervino para expulsarlos brutalmente de sus territorios, ejecutando en parte sus designios. Esta raza vigorosa de sencillos y honrados montañeses habia empezado á abrir los ojos á la luz del Evangelio. Cuando apareció el edicto de proscripcion, su celoso misionero el Rdo. Jolly no por esto quiso abandonar á su grey, y poniéndose á la cabeza de setecientos de ellos, se refugió en la isla de Hui-tcheu, situada entre la de Hai-nan y las de los Piratas. Esta isla casi desierta estaba ocupada por algunos sujetos de mala fama, encubridores de los bandidos marítimos. Por otra parte el Gobierno chino habia prohibido establecerse en ella por causa de su mala nombradía.

No bien llegaron los Akkas, se dedicaron con ahinco á roturar el suelo, todavía virgen, de esta is-

la; pero desde un principio tuvieron que luchar contra privaciones de todo género. Varias veces tambien, por causa de la sequía, la pequeña colonia se vió reducida á la más estrecha miseria. Tanto por esta razon como por el temor de ser perseguidos por la odiosa malevolencia de los mandarines chinos, gran número de Akkas emigró á tierras lejanas en busca de una patria menos inhospitatoria. Los que perseveraron recibieron por fin el premio de su constancia. La Corte de Pekin concluyó por reconocer y autorizar su instalacion, dejándoles en amplia libertad para gobernarse ellos mismos, sin intervenir en su organizacion interior, ni exigirles el menor impuesto.

El año último, en el mes de Enero, un oficial francés que habia tenido ocasion de visitar dicha isla escribia:



INDOSTAN. — El Maha-Rajah de Travancor. (Pág. 115).

«Como la isla ha quedado tranquila y ofrece completa seguridad, los juncos de pescadores chinos han acudido allí en tropel para aprovecharse de su magnífico puerto, y con el tiempo que hacia no se contaban menos de ochocientos en el fondeadero cuando nosotros echámos el áncora á la entrada de la bahía. Este gran movimiento que dura mientras reina el monzon, ó sea la brisa periódica del N. E., ha atraído naturalmente comerciantes, y hoy dia tiene la isla cerca de 4,000 habitantes, 1,500 de los cuales son cristianos. Estos últimos, sin embargo, guardan la supremacía completa, y el presidente del Consejo de notables de su comunidad es el árbitro de los de las dos congregaciones paganas... El clima de la isla es excelente, la tierra bastante fértil, pero actualmente el suelo está cultivado en su totalidad, y la poblacion, que va siempre en aumento, encuentra dificultades para subsistir. Es, pues, indispensable para evitar una dispersion individual llevar á otra parte buen número de colonos, y esta es la gran preocupacion de los misioneros en este momento.»

Dos son los misioneros que residen en medio de estos buenos cristianos: uno de ellos es el Rdo. Delavay, que hace ya mucho tiempo ha sustituido al Rdo. Jolly, y que, gracias á la caridad católica, ha conseguido estos últimos años libertar un gran número de mujeres anamitas capturadas por los piratas: el otro es el Rdo. Ferrand, que le ha sido agregado hace cerca de tres años. Lo que más preocupa á estos misioneros es, en efecto, la fundacion de un establecimiento para los cristianos, que por su gran número subsisten dificilmente. Ya en varias ocasiones muchos de ellos han emigrado á otros países con gran detrimento de su fe.

Los cristianos Akkas de Hui-tcheu son generalmente muy fervorosos. La mayor parte asiste todas las mañanas al santo Sacrificio antes de entregarse á las rudas faenas del campo, y por la noche se reunen para rezar en comun. Muchos de ellos cifran su dicha en acercarse con frecuencia á la sagrada Mesa. Desde su llegada á la isla, no tenian otra iglesia que un vasto cobertizo bastante miserable; pero los misioneros han emprendido la construccion de una iglesia muy capaz, cuya obra será de ladrillo, y no medirá menos de 40 metros de largo por 14 de ancho. Gracias á su celo, es grande el fervor de aquellos cristianos; pero, una vez se han alejado, no habiendo quien les dé ánimo y buen ejemplo, puestos comunmente entre paganos, no tardan en entibiarse y concluyen generalmente por perder la fe.

III.

Fácil es comprender que los misioneros no pueden contemplar esta perspectiva para sus hijos espirituales sino con el más vivo dolor, y que tratan por todos los medios posibles de conjurar tan deplorable necesidad. ¿Qué hacer, pues, para impedir la emigracion? El territorio de la isla ha quedado ahora mucho más restringido para alimentar á todos sus habitantes; el terreno por su escasez cuesta un ojo de la cara, y los pobres no pueden pensar en procurárselo jamás. Por añadidura muchos cristianos expulsados de su primera patria están todavía sin morada fija, y apenas la necesidad se deja sentir, se figuran que en otra parte serán más venturosos.

En Mayo del año último, durante un largo viaje que el Rdo. Delavay hizo á Canton para obtener de su pre-

lado la aprobacion de sus planes, 300 cristianos de la isla de Hui-tcheu concibieron el designio de partir para otro país donde se hubieran visto privados absolutamente de los auxilios religiosos. Por fortuna quiso Dios que al momento de embarcarse la mayor parte de ellos lo pensaran mejor, y difirieran temporalmente la ejecucion de este proyecto. Ochenta personas solamente persistieron en llevarlo á cabo y abandonaron para siempre la isla.

Precisamente el plan que el misionero Delavay habia ido á someter á la aprobacion del prelado tenia por objeto poner remedio á las necesidades de sus cristianos, quitándoles todo pretexto de emigrar. Consistia en tantear la instalacion de una nueva colonia en las dos principales islas del grupo que constituyen las de los Piratas, las cuales están situadas á 70 millas al Oeste de Hui-tcheu. El Ilmo. Sr. Guillemín, que comprendió desde luego las ventajas de aquel proyecto, no sólo para la cristiandad actual de Hui-tcheu, si que tambien para la propaganda de la Religion en las islas del Noroeste del golfo, lo aprobó.

De regreso en medio de sus cristianos, el Rdo. Delavay organizó una expedicion para practicar el reconocimiento de las dos islas. El 11 de Junio se embarcó con ochenta hombres en dos juncos, y despues de una travesía de veinte horas ancló en una bahía solitaria.

Los dias 12 y 13 se emplearon en explorar aquellas islas en todos sentidos. Su suelo es fértil, la vegetacion poderosa, y los terrenos laborables son de una extension considerable. Algunos centenares de piratas estaban diseminados acá y allá, contándose una veintena de ellos en el apostadero principal. Su jefe recibió bastante bien á los futuros colonos, asegurándoles que si fuésen á establecerse junto á ellos, no serian inquietados.

Como una promesa de este género no podia ofrecer bastante garantía para fiarse de ella, los exploradores resolvieron embarcarse, muy satisfechos por otra parte de su excursion. En su concepto estas dos islas pueden ofrecerles múltiples recursos, tanto por parte de la agricultura y de la cria de ganados, como respecto á la pesca en grande y pequeña escala. El único inconveniente capaz de infundir temores de mal éxito es la presencia de los piratas.

Adoptóse, pues, la resolucion de hacer de modo que desapareciese tamaño obstáculo, y en este sentido los cristianos Akkas solicitaron la cesion de aquellas islas del Gobierno anamita á quien pertenecen nominalmente. En Diciembre de 1878 estas gestiones estaban á punto de surtir buen efecto. El Rdo. Delavay escribia en dicha época: «Tan luego como hayamos obtenido autorizacion legal para ocupar estas islas, enviaremos 300 ó 400 cristianos á establecerse en ellas, admitiendo en seguida á cuantos chinos se presenten y consientan en hacerse cristianos. Si el Señor bendice nuestra empresa, podremos tener allí en pocos años muchos millares de cristianos bien instalados y sólidamente establecidos.»

Hacemos fervientes votos por la realizacion de este proyecto, y pedimos á Dios con fiadamente se digne bendecirlo y hacer que la caridad católica, cuya fecundidad es inagotable, suministre algunos recursos que permitan á estos pobres Akkas hacer frente á los gastos de una primera instalacion.

TIERRA SANTA.

IV.

OJEADA HISTÓRICA SOBRE LA BASÍLICA DEL SANTO SEPULCRO.

Cerca del lugar donde espiró el Salvador del mundo había un huerto, y en él un sepulcro nuevo enclavado en la roca, y propiedad de un noble discípulo de Jesús llamado José de Arimatea. Por razón de la festividad de la Pascua, José y Nicodemus, que bajaron el divino Cuerpo de la cruz, no teniendo tiempo para preparar otro más suntuoso, lo colocaron en aquel, disponiéndolo así la Providencia para hacer irradiar el sol de la divinidad de Jesús en el Gólgota y poner en aquel monumento el sello de la divinidad al Cristianismo con el milagro más estupendo que registran los siglos, cual fué el de la Resurrección.

Los primeros creyentes consideraron la tumba de Jesús como uno de los objetos más caros de su devoción, y junto á ella iban á cobrar el valor y la firmeza con que confesaban su fe.

Imaginando insensatamente que sepultarian la verdad de la Resurrección bajo un montón de piedras y ruinas, los idólatras cubrieron de tierra el sagrado Sepulcro, y erigieron encima de él sacrilegos altares á Júpiter y á Venus, ofreciéndoles execrables sacrificios. Pero contra Dios nada pueden las potestades del siglo, y de en medio del gentilismo suscitó un hombre para que purgase el sagrado monumento de las abominaciones gentílicas y lo dedicase con todos los honores á la Divinidad, que tanto había resplandecido en Él. Este hombre fué Constantino, quien mandó erigir en el lugar del santo Sepulcro un templo digno, en cuanto fuese posible, de la Divinidad. Seis años duró su construcción, y sus dimensiones eran tan extraordinarias que en su recinto quedaban incluidos nueve santuarios.

«El sepulcro junto al cual anunciara el Ángel el misterio de la Resurrección fué enriquecido con prolijos adornos.

«La magnificencia del Emperador manifestóse primero en la gallardía de las columnas y de otros ornamentos con que embelleció el monumento de la resurrección del Señor.

«Desde el Sepulcro íbase á una espaciosa plaza enlosada con hermosas baldosas, y con tres galerías en tres de los lados.

«La iglesia, edificada en la parte opuesta al Sepulcro, con la fachada al Este, era una obra admirable por su elevación y grandiosidad, cuyo interior estaba revestido de mármoles de varios colores, y el pavimento de losas tan finas y tan bien unidas, que no cedían al mármol en hermosura. Cubrióse el techo de plomo para que resistiese á las lluvias del invierno, y el interior fué exornado con festones dorados que esparcían rayos de luz en toda la iglesia. A entrambos lados de la misma corrian de uno á otro extremo dos galerías, una baja y otra alta, las cuales estaban por dentro festoneadas y doradas como el resto del templo, sostenido por altas columnas que en el interior descansaban en zócalos cuadrados llenos de adornos.

«La fachada tenía tres puertas, en frente de las cuales se ostentaba un hemisferio, parte principal del templo, rodeada de tantas columnas cuantos fueron los Apóstoles, rematándolas grandes adornos de plata.

«Al salir de la iglesia se encontraba una anchurosa plaza con dos galerías en sus dos lados, y al extremo su entrada comunicaba con otra plaza mayor, desde la cual se admiraba la belleza del conjunto.

«Construida tan magnífica iglesia para que sirviera de monumento á la gloriosa resurrección del Salvador, embellecióse con dones de oro, plata y pedrería, cuya multitud y hermosura no me sería posible describir (1).»

En el año 335 celebróse la dedicación de la iglesia del Santo Sepulcro con extraordinaria pompa entre un numerosísimo concurso de fieles y muchos obispos á la sazón reunidos en concilio. La fiesta duró ocho días, resonando bajo aquellas sagradas bóvedas inefables cánticos.

En el año 614 Cosroes, rey de Persia, se apoderó de Jerusalén, y la iglesia del Santo Sepulcro fué asolada.

Quince años después, gracias á la influencia de la mujer del vencedor, que era cristiana, empezó la reconstrucción, pero bajo otro plan, que consistió en levantar cuatro edificios separados: 1.º una rotonda sobre el Santo Sepulcro; 2.º una capilla sobre el Gólgota; 3.º otra en el sitio en que santa Elena, madre de Constantino, encontró la santa Cruz; y 4.º otra en el lugar en que el Salvador resucitado se apareció á su Madre santísima.

(1) EUSEBIO: *Vida de Constantino*, lib. III.

El califa Omar sojuzgó á Jerusalén en el año 636, y permitió á los cristianos las prácticas de su culto, pero únicamente dentro de los templos; de cuya facultad gozaron casi por espacio de cuatro siglos, sin creer pagarla cara con las vejaciones á que estaban expuestos.

En el siglo IX Aaron-el-Rechid envió solemnemente á Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro y de la Ciudad santa. Pero Hakem, el cruel é insensato califa que se hacía respetar como á Dios, devastó el Calvario en 1008, y la iglesia del Santo Sepulcro no fué reedificada hasta treinta y siete años después, en el reinado del emperador griego Constantino, llamado *Monómaco*.

Los cruzados entraron en Jerusalén el día 15 de Julio de 1099. Godofredo se dirigió descalzo y desarmado al sepulcro del Salvador, imitando su ejemplo los guerreros cristianos. «Cuando el ejército cristiano se hubo reunido en torno del Santo Sepulcro, era al anochecer. Completo silencio reinaba en calles y murallas; no se oían sino voces de penitencia y estas palabras de Isaías: *Vosotros que amáis á Jerusalén, regocijaos con ella* (1).»

Todavía no había transcurrido un siglo cuando la Ciudad santa volvía á caer en manos de los infieles. Saladino entró en ella vencedor á primeros de Octubre de 1187, y los cristianos en número de cien mil, después de verter abundantes lágrimas sobre el Santo Sepulcro, el Calvario y las calles de Jerusalén, salieron de la ciudad. Un autor árabe dice que el llanto caía de sus ojos *como de las nubes la lluvia*. Las cruces fueron arrancadas y arrojadas por las calles, las campanas rotas, y las iglesias convertidas en mezquitas, excepto la del Santo Sepulcro, donde permitió Saladino que permaneciesen cuatro sacerdotes latinos, prohibiendo severamente á sus soldados que profanasen el templo, aunque no pudo evitar que demoliesen la torre.

Hacia la mitad del siglo XIII, aprovechándose los cristianos de las discordias de los musulmanes, volvieron á Jerusalén, rehabilitaron las murallas y repararon las iglesias; pero una horda de bárbaros, arrojados de su tierra por los mogoles, sumieron la Ciudad santa en la mayor desolación: los karimitas cometieron en la iglesia del Santo Sepulcro más profanaciones que las que se presenciaron hasta entonces, aún en los días marcados por la cólera de Dios.

Muchos esfuerzos habían hecho los reyes y príncipes del mundo para rescatar los santos Lugares, pero al fin el santuario del Señor quedó bajo el dominio de los enemigos del nombre cristiano.

Un hombre, despreciable á los ojos del mundo, pero muy acepto á los ojos de Dios, emprendió la obra más grande que había sido objeto de las Cruzadas, esto es, la reconquista de los santuarios de Palestina. Este hombre fué Francisco de Asís, elegido por Dios heredero del más noble patrimonio de la Iglesia, de los Lugares de nuestra redención.

En 1219 echó Francisco los cimientos de su Religión en Oriente. En 1277 el sultán de Egipto, por medio de un decreto, hizo á los Franciscanos dueños de los santuarios, en cuya posesión siguieron hasta que la perfidia griega se los arrebató.

En 1365, habiendo D. Pedro, rey de Chipre, tomado é incendiado Alejandría, el sultán, no pudiendo vengarse de sus agresores, se cebó en los cristianos que estaban bajo sus dominios, sin poder librarse de su furor los inermes religiosos que custodiaban la sagrada Tumba. Estos en número de diez y seis fueron cargados de cadenas y conducidos á las cárceles de Damasco, en donde tuvieron que sufrir por espacio de cinco años hambre, sed y todas las crueldades que la fiereza y el fanatismo musulmán pudieron inventar. Ajustados los negocios con la Europa, se les permitió volver al Santuario; pero lo hallaron profanado y ocupado por los coftos, georgianos, griegos y armenios. El sultán les reintegró plenamente en su posesión, pero no pudieron gozar de aquella paz y recogimiento que hasta entonces habían disfrutado, siéndoles preciso habitar con sus enemigos y celebrar los divinos misterios en unos mismos altares.

Durante la dominación de los sultanes de Egipto, Damasco, Alepo y Babilonia, que en varios tiempos se disputaron la posesión de la Siria y Palestina, los religiosos corrieron la suerte de los santuarios. Cuando Selim I, emperador de los turcos, se apoderó en 1517 de Jerusalén, su primera diligencia fué encarcelar á los religiosos á fin de obtener de ellos las alhajas que la piedad cristiana había ofrecido al Sepulcro de Cristo; pero dispuestos á cualquier sacrificio antes que entregar las cosas sagradas á un infiel, sufrieron la prisión por espacio de veintisiete meses en el fuerte llamado de los Pisanos, hasta que el sultán, pagado de nuevas conquistas, olvidó los tesoros de los santuarios y permitió que tomaran de nuevo la oficiatura del Santo Sepulcro.

(1) MICHAUD: *Historia de las Cruzadas*, lib. IV.

Corría el año 1537 cuando, sin antecedente alguno, viéronse otra vez puestos en duras prisiones esperando la sentencia capital; hasta que después de tres años fueron puestos en libertad á instancias de Francisco I, rey de Francia, á excepcion de nueve que habian cambiado esta vida por la eternidad, no pudiendo superar las vejaciones y tormentos á que los sujetaron. La causa de su prision fué la entrada de Carlos V en Túnez y la captura de once galeras, llevada á efecto por el dux Doria de Venecia.

Los Franciscanos entraron nuevamente en los santuarios, pero los hallaron despojados, y en parte destruidos por la codicia de los turcos. Los cismáticos, además, habian derribado los altares, robado las reliquias, y llevado su profanacion más allá de los turcos.

Carlos V y Felipe II, viendo que la pobreza franciscana no podia reparar las averías causadas en el Santo Sepulcro, restauraron á expensas suyas la sagrada tumba, y la obra salió digna de los católicos Monarcas.

En 1607 los judíos, generacion mala y perversa, poco satisfechos de ver aquel majestuoso templo dedicado al Cristo que sus padres habian crucificado, ofrecieron al sultan de Constantinopla 50,000 duros, prometiendo una suma mayor para que se fabricase una mezquita sobre el santo Sepulcro. El sultan dió inmediatamente un decreto para secundar los deseos de los judíos, y toda la cristiandad estaba consternada por tan irreparable pérdida, cuando el Bayle de Venecia, despreciando la vida, se presentó al sultan, y defendió la causa de los católicos con tanta valentía, que atemorizado el turco revocó su anterior decreto é impuso la pena capital al que se atreviera á recordarle su primera orden.

Con el oro que entregaron al turco, y las falsificaciones de varios documentos, los griegos obtuvieron en 1633 que los religiosos fueran arrojados del Santuario. En 1564 habian movido la primera piedra para introducirse en el Santo Sepulcro, y tras ellos vinieron los armenios en 1617 con grandes pretensiones; pero se dió sentencia en favor de los Franciscanos en 1635. No obstante esta decision, se vieron obligados en 1637, en fuerza de un nuevo decreto, á cederseles.

Treinta y siete años estuvieron en estas angustias, hasta que en 1673, á instancias de Luis XIV, fueron repuestos en sus antiguos derechos. Pero ¡oh inconstancia de las cosas humanas!!! en 1676 un nuevo decreto les privó de los santuarios, y estuvieron sintiendo y llorando esta pérdida hasta 1690, en que les fueron devueltos por Soliman III.

La cúpula del Sepulcro después de tantos trastornos exigia una reparacion, y los religiosos expusieron la necesidad á nuestro monarca Felipe III en 1719. Este les envió 400,000 duros, y la obra salió tan perfecta que no se habia visto otra semejante. Los griegos, poco satisfechos, levantaron un murmullo contra los religiosos; y éstos que apenas tenian tiempo para rehacerse de sus anteriores quebrantos, pasados treinta y ocho años de la reparacion del Santuario, presenciaron el atropello más insolente y sacrilego que registra la crónica de Tierra Santa en las persecuciones de los turcos.

Era la víspera del domingo de Ramos de 1757 cuando los religiosos, para celebrar la entrada triunfal de Jesús en medio de las aclamaciones del pueblo, adornaron el Santo Sepulcro con todo lo más precioso que la piedad de los fieles ofreciera en distintas épocas. Concluida la funcion, entraron los griegos, comenzaron á ridiculizar las sagradas ceremonias de la Iglesia latina, y luego devastaron todo el Santuario, robaron sus alhajas, é hicieron pedazos todo cuanto hacia corona á la sagrada tumba.

Entre las alhajas merecen especial mencion tres lámparas de oro, esmaltadas de piedras preciosas, regalo de los reyes Felipe II, Carlos VI, y del de las dos Sicilias; veinte lámparas de plata de inestimable valor, y otras diez y seis trabajadas con relieves, además de las tapicerías y candelabros de desmesurada grandeza.

Habiendo quedado impune este delito, no paró aquí la perfidia griega, pues en la noche del 11 de Octubre de 1808, para concluir con lo que habia dejado en el último atropello, prendió fuego en el Santuario y lo redujo á pavesas. Sin embargo, el fuego respetó la

tumba del Redentor, la puerta y el cuadro de la Resurreccion; pero lo que respetó la voracidad de las llamas no lo respetó la refinada malicia del griego; pues habiendo tenido las potencias cristianas la debilidad de dejar á los griegos la reparacion del edificio, borraron el diseño antiguo, hicieron desaparecer toda inscripcion latina, al finísimo mármol sustituyeron otro inferior, y en lugar de las inscripciones latinas grabaron otras griegas y se hicieron dueños del Santuario. No contentos con esto, fueron á turbar el reposo de los que por su devocion descansaban á la sombra del Gólgota, y destruyeron los sepulcros de los reyes latinos de Jerusalem y el de Felipe I, rey de España, que por el tierno amor que profesaba á los Santos Lugares quiso dejar á la sombra de ellos sus mortales despojos.

Pero lo que no se puede recordar sin justo enojo es la profanacion de lo que por tantos siglos habian respetado los paganos, los persas, los sarracenos, los árabes, los egipcios, los karismitas, los turcos, los fatimitas, los omniadas, y todos cuantos

se disputaron el mando de la santa Ciudad. Con perfidia propia de griegos, se atrevieron á arrancar la piedra en donde se habia enarbolado la bandera de nuestra salud y la piedra donde estaban los Angeles cuando la Magdalena fué al Sepulcro; arrancaron tambien varios trozos del santísimo Sepulcro y lo embarcaron para Constantinopla; pero Dios no permitió que completasen tan gran sacrilegio, y en una borrasca naufragó el buque que llevaba aquellas sagradas reliquias.

El templo actual ofrece en su estilo una mezcla del románico y de la ojiva morisca, y no tiene belleza alguna arquitectónica, ni tampoco en los adornos, de los cuales carece por completo. El todo es un edificio inmenso sin simetría alguna, sin más riquezas artísticas que algunos pequeños cuadros, y sin más objetos de adorno que las lámparas y un corto número de grandes candeleros, que pertenecen á los diversos cultos que ejercen sus ritos en la Basílica: armenios, coftos, ábisinios, etiopes y griegos.



TIERRA SANTA. — Basílica del Santo Sepulcro.